

Poesía II

Jens Bücher

Der.Res. © Jens Bücher
No.Inscripción 116114

- página en blanco -

A Jennifer

- página en blanco -

Índice

Paisajes	7
Los Tiempos	43
El Silencio	79
Las Noches	113
Temores	149

- página en blanco -

Paisajes

I

Lo más nos ocurre,
nuestras manos no alcanzan
o que anticipemos el ir de las cosas,
del agua o del viento.

Las criaturas estas que nosotros somos
van apegadas a la ladera
como los animales que pastan,
que buscan agua o refugio
 (y un anhelo que los sobrepasa
 hace que les tirite la piel),
no distintos, puestos ahí, sujetos al declive,
y algo va y a nosotros nos es.

O la nostalgia nos arranca el corazón,
ella a nosotros, y siguiéndole,
cruzamos estepa y distancia,
harapientos, pobres, unos pobres de la tierra,
alimentándonos de pastos y aire,
y en la boca, esa rota de dolor, se alberga
sed, visión y perseverancia, -
llegando lloramos casi sin lágrimas,
lloramos de alegría, de ser, de ser aún,
o por nada, por un sol o una sombra,
cansados, acabados, bebemos agua
y delirando encontramos el sueño:
que algo nos mudó,
que algo nos migró,
y qué, qué fue, si lo supiésemos.
Y los que cavan, dime
si saben lo que hacen,
algo les estruja las entrañas

porque horaden sus manos hacia la profundidad
y ya sin uñas sigan cavando,
pero una tarde cualquiera y mirando de vuelta
digan basta, esto es mina, esto es pozo,
llegué a la riqueza del alma,
que salga, que vea la misma luz
que ven mis ojos - y todo por qué.

Las muchachas felices
que gozan el madurar su propia otra vida,
dulces, blandas, dime, qué hacen,
profundas e inmersas en el flujo
que no entienden, que no saben,
cálidas, suaves, enteras.

(Otros son los ritmos
que historia y caudillo
tocan a nuestros oídos,
el orgullo y la brutalidad,
otra la autosuficiencia
con que muchos se felicitan
al ir a la cama,
otra la sensibilidad
que va a la risa, por cierto,
o bebiendo, al paladar.)

Aún hay niños que no aprenden, que se equivocan,
y que en medio de su no hacer son y tiemblan,
asustados tal vez.

O verlo en los pájaros, en los queltehues
elevándose a la defensa de su prado,
o junto al acantilado en las gaviotas preciosas.

Verlo al amar, al andar,

al respirar los aires de un cielo tuyo:
que es más que nosotros, más, más.

Saldríamos a buscar, como los niños, felices,
quién encuentra qué, compartamos,
muéstrame, de dónde, y esto mira,
cómo se sostiene en medio del aire -
este aire que le rodea distanciado y transparente -
saldríamos hacia el cielo seguro,
todos nosotros, buscando, encontrando, felices, felices,
gritándonos nombres y experiencias,
y en los ojos, movidos y tiernos,
la luz que da y da,
y tú también, dando, dándolo todo,
que así quieres ser.

Dice: soñé.

Y las imágenes de su sueño caen ahí
al centro de nosotros
como leña que uno trae y bota en medio de todo,
que el fuego alumbre y caliente
y nos veamos, entre las sombras, la cara presente.

Dice: se admiraban ustedes de mi vuelo,
y yo mismo, casi asustado, me dejaba caer
al impulso, descendía sobre el camino
y flotaba, las manos atrás, confiando,
y llenaba mi cuerpo de aire y fuerza
respirando profundo.

O cuenta ella: mis hijos me llamaban,
pero yo descendía a una playa
y avanzaba hacia las olas,

el agua cubría mis cabellos
y yo era feliz.

Un joven de nostalgia
no abre los labios pero esta ahí,
y dice su vida anhelando el futuro.
O alguien suelta una sonrisa
y su luz de dulzura cruza el espacio.

Quieres pan - y convidas hacia allá.
Un niño se despierta y llama
pero duerme antes que llegues.

Algo nos es.

Soltar no, botar no, perder, olvidar,
nada de eso, o discreto un fugarse
por detrás de nosotros y de todo lo que es,
no, por cierto: si fuésemos capaces de ello,
por juego, por azar, y resultase,
qué error, qué otro error sería
frente al que desde ya conocemos -
sino: un hacer, un actuar casi desde atrás,
como antes, allá lejos en la infancia,
y construíamos puente, camino o casa,
al otro día era todo nuevo
y siempre hacíamos.
Hoy que sea una honradez, un tolerar,
un salir al frío de invierno
y buscar las estrellas, las queridas,
o en la cúspide de todo hacer,
un confiar,

esa tarea de labranza que a todos alimenta,
generosa, buena, sana indeciblemente.

Siempre hacemos.

Selva del espíritu,
selva virgen y lluviosa, pura,
selva de aire, océano de aire,
y en este océano mil aromas,
desplazándose, desplazándose tiernamente,
cada aroma valiendo y ahí.

O los ruidos cruzando los espacios,
señal, queja, atracción,
y para otros condición y peligro,
tonos y cascadas de pureza y dulzura,
un chillido y, a veces,
ronco el grito de alguien más fuerte:
vas y escuchas y casi no puedes creerlo.

O que observes la corteza de un árbol,
lo que es,
musgo, líquen, rocío y aire, si
qué queda del tronco, de la corteza,
todo está ya transformado y es *más* vida,
más y nueva, y el insecto
cruzando dificultad y cambio
muestra pasado, presente y futuro
como si fuese un paisaje
abierto a los ojos del alma.

Uno mismo, vibrando y alerta,
conociendo el entorno con todos los sentidos,

con los conocidos y nombrables
y con los que no tienen aún un nombre,
entorno que se muestra
como el estímulo inagotable, simultáneo, infinito.
Todo es confluencia, cruce, camino y comienzo.

Quieres todo. Ir de cosa en cosa,
como de universo en universo.
Probar. Probarte. Dar y rebotar.

El recuerda : estiré la mano
y desganché la ramita. Era tan verde,
tan duro el brillo de sus hojas.
Boldo. Dulce y transparente
se hizo aquí delante de mí.
Por qué todo, y después, no sé.

Un niño anheló música
y se enfrentó a vales, impromptus
y momentos maravillosos,
seria y abierta el alma,
caminó en contra
y no bajó la vista.

Soy viejo, dijo uno, pero deseo
comenzar de nuevo,
olvidar la costumbre
y exponerme, que nada resbale de mí.

El amor, susurra la mujer a sus senos,
vino y fue, vino y fue,
pero yo qué hice, qué -
el amor, sí, ahora lo quiero ser,
y yo misma, siendo, quiero ir más silenciosa,

más lenta, más entera,
como invisible, tal vez.

Caminan y son,
inmersos en la limpieza eterna,
inmersos en el proceso que desconoce
flaqueza, sustituto o basura.

Caminan y hacen,
y al abrir su propio corazón
abren todo y multiplican
los modos del vivir.

Somos sidos, sí,
percibiendo, vibrando,
yendo con las olas del corazón,
pero más, más íntimamente, haciendo,
haciendo el camino hacia lo abierto,
hacia los orígenes de lo que nos es,
de vuelta,
doblemente.

II

Somos sensibles y blandos, no menos,
cálido fluido de vida, fluido abierto al día,
y nadie se sorprenda
si de tu andar cae al camino
vergüenza, donaire o gracia,
si cae como lo tuyo, hermano,
como algo íntimo y propio,
como eso de que estamos hechos,
este sentir y actuar cuidadosa, tiernamente.

Como en ella también en ti
hay un café de árbol, de corteza,
una verdad de paciencia
y un respirar en la textura,
una savia que contiene toda la vida,
la sabiduría de permanencia y cambio,
los brotes de primavera, los frutos
y el desprendimiento otoñal,
un ritmo de día y noche,
de mareas y viento, de calor y silencio.

Como a ella se le abre el alma
con tardes de música y soledad,
así también a ti te sobreviene la sorpresa,
la garganta apretada o en los ojos suaves
la entrega a un llanto lento y dulce,
que sepas tu naturaleza inmediata,
tu profundidad de agua y sal,
tu verdad de fondo.

Pero donde ella vira y abre espacio,
donde ella es valle, prado, tierra,

tú te retraes y cedes realidad.
Cuando sonrías y se facilita camino y tarea
tú callas y cargas.

Cargas la verdad del inicio.
El dominio invisible, el dominio lejano y seguro,
el acompañar, el estar ahí, amigo y atento,
que la realidad se realice toda
y se complete el impulso.

Inicio, impulso, eres despertar,
o, calladamente en la sangre,
la fuerza que levanta onda y ola
por primera vez,
eres aroma traído del futuro,
antes de la intuición, del saber, eres
el nombre de la libertad, o sonriente,
la relación genial.

Ella alimenta, va de cosa en cosa,
sabe y maniobra, y todo su tiempo
es el torrente involucrado, el tocar y ser,
y tú le envidias cercanía y contacto,
el hacer todo posible,
la proporción dadivosa.

Ella es fecunda y real, pero tú te evades.
No importa. La sigues, le sirves.
Alguna rutina útil se te abre en veces
y - adorando - trabajas.
(Eso otro, lo tuyo, lo tuyo propio,
viene de solo y te envía al gusto
un recuerdo de té, de limón.)

De la común ternura,
de la ternura mutua,
crece la imagen doble,
esa la imagen bella,
y, abarcándolos,
derrama su belleza sobre ambos.

III

Desde la cumbre del acantilado
miro por encima de rocas y olas
hacia el horizonte ancho y lejano,
una vista amplia
hacia la profundidad del espacio,
una distancia abierta
desde la mitad de mi vida.

Quienes antes vinieron al lugar,
quienes sigan, generación en generación,
los ojos puestos en lo lejos,
y algo que casi va con el viento,
todos, en medio de sí,
asombrados y cálidos.

Yace el peso del mar
como reposada energía ahí adelante,
como origen,
como la verdad constante
que conoce todos los ritmos,
y el aire juega con la superficie azul,
con la liviandad de su dócil carácter.

Persiguiendo o perseguido, apurado,
armado con rama o piedra,
agitado,
sin poder contenerse, olvidó todo
y miró, insaciable,
la amplitud derrochada ahí,
la medida inhumana que se deja ver,
la horizontal que divide el mundo.

El mar es la verdad grande,
es la verdad azul que nada pretende,
profunda, salina, llena de vida,
entregada a sí misma en silencio y sabiduría,
ese equilibrio precioso,
es la plenitud sin espacio para palabras.

Cada uno tuvo su hora antaño,
se acercó y miró,
se sentó en contra del viento
y masticando un pasto
comparó nostalgia y realidad,
anhelo y mar,
y mantuvo su vista enlagrimada
por encima de toda cercanía.

Y hacia arriba el aire.

Tomados de la mano, llegando sonrientes,
se miran y miran hacia adelante,
cálidos, tiernos -
no pueden comprender
pero se quieren y son felices,
obedientes, admirándose,
se tocan delante del mar,
amantes.

El aire puro y genuino
se evade en su propia transparencia
hacia el centro de su lejanía,
que mi piel sepa sólo de su esencia
fresca y fuerte
que muestra aquí
sobre la superficie de la tierra.

O un niño que se acercará
al promontorio de piedra y pasto
y osará una mirada desde sí mismo
hacia esa amplia novedad,
asombrado tal vez o intuyendo quizás,
y más tarde
se devolverá serio y callado.

Yo, como muchos, miro el mar.
No que sepa algo,
pero una hermandad recogida y abierta
recorre mi imaginación como don y felicidad,
y es referencia y horizonte de un otro mar,
de un mar menos visible
y a este otro lado.

IV

Sentado en el suelo, inclinado sobre la mesita,
escribo las líneas más solas de mi vida.
Son ellas el vacío en que se contrasta
el flujo maravilloso, el ir de las cosas,
la plenitud de fuerza y gracia
que inunda el mundo,
son, aparte, la distancia hacia todo,
la soledad en medio del universo.

Más fácil sería por cierto si fuesen,
si ellas fuesen, si tuviesen existencia,
o se la prestasen del objeto nombrado, mostrado,
indicado -
y anduviesen emparejadas un rato,
nombre y cosa, felices.

Y así como ordeno el pensar mis palabras,
cuido, selecciono y reordeno,
amando imágenes y sonido,
queriendo la humana cadencia
que va de una en otra,
la vida misma se despega del decir
y vibra en torno como animal en celo.

Anhelamos claro la magia de antaño,
la contada por abuelas y madres,
los tiempos en que un nombre
rompía la muralla o abría cerro o mar,
la infancia generosa
que permitía creer y ser
o ir de canción en canción
llorando lágrimas de llanto.

¡Es un animal en celo! Vibra y sufre y mira,
quiere, se acerca, se aleja -
tiritita la vida en torno a mis palabras,
las más solas que estoy escribiendo,
tiritita y vibra, fluyente y graciosa.

No importa. Ahora es distinto.
Así como se relacionaban, eran y servían,
ahora no vale.
Ahora son cuando se niegan,
cuando se aíslan
y dejan que más allá sea
lo que es de verdad.

No deja aprehenderse el animal precioso,
va, corre y brilla,
que lo siga, corriendo,
brillante mi propia mirada.

V

El trigo es dulce y, mascando, sonrías -
la verdura, apenas insinuando, es -
el agua, dulce, el aire
en la tarde de un verano cualquiera
acaricia cara, sangre, alma -
dulces son acordes y lágrimas -
y un trazo maravilloso une
paisaje y recuerdo.

Pero quién,
quién dijo que en la estepa
está cayendo la nieve, que la nieve está alta,
que en los ríos y por la ladera de los cerros
va la muerte sorprendiendo a los incautos,
a los confiados, a los tranquilos,
a los animales que no corren,
que no aciertan dirección y momento -

(una vaquilla entregada, entregada al frío,
apenas creciendo aún y ya atrapada
en la soledad de un blanco
que no cede ni escucha,
pájaros sin referencia, apurados, asustados,
agotados, tiritando, caen).

Quién dijo, quién vio, que nos cuente
y sepamos separar peligro y esperanza,
el camino de la ayuda,
o, más cerca, el escape, la huida,
nosotros, si somos nosotros, nosotros mismos tal vez,
su presa, su destino, nosotros, el cálido botín

para su negra mano -
y, aterrados, comprender.

Y los agraciados, dime,
los que no mueren ya, sino el tiempo
les bota por delante trozos de camino,
y ellos compongan, los más astutos,
una vía al futuro, andable, tropezable, gateable,
y puedan ver, puedan medir,
puedan conocer aún
la cara creciente, acercada, cierta,
y frente a ella jueguen
sus últimas humanas posibilidades,
los agraciados, dime,
quién los beneficia, que, mirádonos,
nos tiran, a los vivientes,
sus más íntimas, guardadas esperanzas,
como regalo, como don,
generosos, desde el fondo del alma.

Y uno mismo, tambaleando, mareado, vencido,
queriendo darlo todo y no sufrir, no más,
cae y yace -
se yergue,
pesando en las manos
los huiros de todos los mares.

Nos alejamos.
Preguntamos por los niños, cómo les va.
Lo que les hace falta,
descubrimos ropa y juguete enmendables, y,
en silencio, hacemos.
Y cuando llegan, ruidosos, enérgicos,

piden y cuentan,
y son el centro del mundo.

Las avenidas,
siempre las viste largas, enormemente largas,
pero ahora las caminas ida y vuelta
y aún son cortas.

Te hundes
en la blandura de la tarde,
hiriente casi, como daño que haces
a su suavidad indefensa,
y si tú no te rebotas,
quién te salva.

Vas allá,
te hincas
frente a la piedra escrita.
Tu mano va a la tierra,
molesta plantas, aire,
sube al mármol,
toca, palpa, roza.
Silencias y miras,
si qué podrías dar de ti.
Y la cuna que se forma ahí,
la apenas iniciada concavidad
de altura y tierra
ahí, ahí adelante,
no te convence,
sonríes y te levantas,
si no es eso.

Sino arriba tal vez, un viento
grande y ancho, o

dónde, una marea del corazón
que abarque, que abrace,
y a nuestros ojos muestre
trigo y nieve
en la *misma* imagen,
juntos,
juntos aún,
humanamente vivenciables,
y no deambulemos nosotros
por los paisajes de la vida
como huérfanos,
como náufragos,
como vueltos de la guerra,
cojos, mancos, tuertos,
unos incapacitados del alma,
sin entender.

VI

A quienes la obediencia es anterior
al aire que respiran, al agua que beben,
a ellos, a los animales,

- los tranquilos, los benditos -

les nace riqueza, contenido y flujo
donde no cuestionan,
donde sus grandes ojos abiertos
ven, ingieren, son y dejan,
donde van con la verdad
de su cálido río, con la catarata
que su corazón suelta al valle de arbusto y árbol -
a ellos no les disminuye lo prescindible,
la caña de vacío que nosotros clavamos
en las raíces de nuestra propia intimidad.

Nadan sumergidos en la claridad de su vida,
despiertos, limpios,
nadan, silenciosos, y son.

Pero nosotros.

No saben la diferencia entre olfato y tacto,
sabor y humedad, o, yendo al arroyo,
cuando muerden o beben, la fruta y el agua.
Son piel, roca, sombra, empuje y resistencia,
no saben, los inocentes, tiernos,
y todo les va.

Nosotros sí.

Corren, los bienaventurados, respiran,
corren o aúllan, convencidos,
- nada más vale -
ahí sobre la colina nevada, aúllan,
aúllan el mundo.

O nos violenta la vida
y nos obliga.

Ellos nadan,
nadan sumergidos en la luz.
Van con el ir,
lo son, ellos mismos, ellos lo son,
íntimamente.

Nosotros no.

Son ola, pulso, vibran acordes con entorno y luna,
desvaneciendo su propia frecuencia
toman la siguiente, melodiosos,
de verdad en verdad.

Y mirándolos se nos mojan los ojos,
a nosotros, los más regalados,
los más osados,
lágrimas de envidia y ternura
cayendo de nuestras caras calladas,
viéndolos pastar, viéndolos parados,
amándolos, nosotros los enriquecidos,
afuera ya casi del todo,
incomprensiblemente.

O uno se acerca y aspira tu olor,
tu presencia erecta,

y tal vez se queda,
te acompaña -
tranquilo, hermanable.

VII

Nos miramos a la cara -
después de todo, de todo lo sabido,
nos miramos a los ojos,
como apurados, como intranquilos,
y en los ojos del otro
vemos nuestra propia, nuestra amenazada,
nuestra cálida cazada intimidad.

Queremos la paz.
Queremos ver crecer los huertos,
ver bosque y arroyo acercarse
a nuestras casas
y en los juegos de los niños
la libertad de su adultez.
Anhelamos tiempo y espacio,
ver nuestro ocio deambulando
por los ámbitos del vivir,
jugando, mezclando, creando;
tristeza y alegría expresándose
en algún corazón inundado;
salud y gracia sueltos a la luz
de joven y anciano.

Las palabras del lenguaje
que hablamos en calle y esquina
no sirven y sólo van tapando,
las palabras, los esfuerzos,
los tabús sacramentados.

Agua cristalina
corriendo y saltando
desde vertiente o alma,

verla y tomarla,
pero más,
convidarla,
- ¡convidarla! -
cómo no querer mostrarla
antes que se mojen los ojos
y la garganta, apretada,
no quiera ya hablar.

Enajenados, empuñan artificios, leyes, armas,
los niños rabiosos, adultos por fuerza,
pero en su sangre les va el alma
de angustia, de venganza y lujuria,
de fantasía resentida,
ciegos, brutos.

Y caminar por las praderas abiertas,
las planicies verdes, crecientes,
liberadas de afán y depredación,
caminar por la vida misma
con la vista confiada
y atenta a toda esta armonía
que vibra adentro y afuera.

Temiendo, temiendo aún,
y de a poco aprendiendo, tentando,
de a pequeños, insignificantes logros,
escapando de inquisiciones, de compañías y centrales,
levantando esperanzas, enterezas, entregas,
y de noche abarcando el paisaje,
que mañana, si te encuentro,
te vea distinto a los ojos,
y tú sepas también.

VIII

Noche preciosa
allá en las alturas de mi vista
abarcando, cóncava, el centro de mi vivir,
brillando delicadamente la luz de tu transparencia,
como velo, como atracción,
profundidad femenina, intimidad
que mi corazón sale a encontrar,
compartamos, doblemos el tiempo regalado,
abiertos, claros, acordes,
noche preciosa.

Y yo vaya contigo, y no te disminuya
mi compañía terrenal, sea feliz y seguro,
sin dobleces, sin maniobras,
feliz y seguro frente a ti
y tú apoyes un rato tu amplitud
en mi estatura humana
y yo escuche
el largo relato de tu maravillosa existencia.
Así acompañándote se alegre mi corazón,
se sonría mirándote, sorprendido, casi incrédulo,
se alegre y no baje la vista,
y tú, tranquilamente yendo,
dejes ser.

Tanto te acostumbres a mis pasos, a mis gestos,
a mi ritmo de palabras y silencios,
tan junto a mí pulse tu presencia lejana,
que mi corazón, alguna vez, te muestre
tu gemela, tu hermana gemela,
tu hermana
a este otro lado de la vista,

la noche de mi alma, se atreva mi corazón,
vaya, abra sus puertas y te invite,
un gesto, aquí, y tú te acerques
y la enfrentes, amante,
hermana a hermana,
y sepas su vida, sus estrellas distantes,
sus constelaciones del sentir, las manchas azules
lentamente madurando dificultad y solución,
sus líneas imaginarias, fáciles,
pero más, el espacio, el espacio de emoción,
y tú, tú reflejes tu propio volumen
aquí adentro, en este igualmente nocturno,
en tu hermana del alma.

Pueda yo acercarme y abrazarlas,
a ustedes, a las hermanas, a las queridas,
abrazarlas con mis brazos humanos,
mis manos apretándolas tiernamente
y en mi cara sintiendo la doble presencia:

íntimas,
íntimas como son,
que yo las adore.

IX

Pinos y aromos, sauces, batro,
el agua, reposada,
evaporándose y mezclada con la neblina,
yace serena frente a mí.
El amanecer se inicia silencioso,
tenuemente, de ladera a valle,
entre distancias, va al bosque, vuelve,
se anuncia otra vez sobre agua y orilla,
sube y se esparce, de luz en luz,
calladamente.

Y mi alma va sobre el agua.

En la soledad de la hora
algún pato abandona su nido, nada,
pero se devuelve -
vahos sobre la superficie
lo esconden de mi vista.

Desde el centro de la noche
viene mi alma movida
y ahora, despierta,
no entiende vida e imagen, deambula,
cruza, apenas volando, y se sostiene.

Blando, tierno está el aire,
como dulzura acercada a la piel,
y la luz lo madura
hacia el día que viene.

Alguna nostalgia, un deseo,
las imágenes de un sueño,

qué sabe uno,
algo busca mi alma
unir a la serenidad del agua,
a su profundidad, a la liviandad
con que se despega y es aire,
algún parentesco entre mañana y sangre
que ella pueda saber
en la quietud de su seriedad.

Levanto agua en mis manos
y en mis párpados se transforma
en frescura y verdad.
Desnudo y lento
avanzo y me hundo.

X

Quisiese uno que fuese distinto,
de otra manera, que tuviese otro gusto,
que fuese fácil la cadencia,
el ir de verdad en verdad -
y cruzar las horas
como montado, mirando, empinado
sobre el dorso del caballo,
ligero, de paisaje en paisaje,
de nobleza en nobleza, conociendo,
la brisa en torno a cara y espalda.

Quisiese uno al menos ir de penumbra en penumbra,
tanteando el camino, intuyendo atrás y futuro,
ir como obediente
acompañando dificultad y tiempo
en esta, una de las vías a la maduración,
a riqueza y dulzura,
a la patria del alma, finalmente,
a casa, después de esto,
al hogar, al propio hogar.

Quisiese uno, algo que sea,
un jirón, un harapo,
un trazo humano suelto
en la memoria, quisiese uno.

Te toma la vida y no te pregunta,
estruja tu alma
que caigan las gotas,
que caiga tu verdad sobre la mesa,
como si fueses apuesta,
como si alguien mostrase las monedas,

los dados, la suma de tu juego,
te aprieta la vida, te estruja,
y tus gotas, si las vieses, mira,
son amargura, son sufrir,
son sufrir apenas reconocible en su dimensión inhumana,
sufrir para las estrellas, para el universo,
para algún lugar donde quepa,
y tú, ciego, todo tu jugo derramado
en esta verdad que no percibes,
sordo, reventado, goteando aún
tus pocas últimas gotas
de verdad.

Lo que uno quisiese,
siendo humano,
lo que es,
y alguien si sabe, si ve por encima,
dónde, a dónde vamos,
a dónde va la vida.

XI

Bailaba.

Guerra, guerra en medio de todo.
Palos, gritos y fuego,
balas, balas,
cómo es posible,
bombas estallando en medio de la sangre,
y, desparramada,
la existencia, sus pedazos
para nunca más reunibles.

Bailaba y me miraba.

Dolor y locura,
el dolor, el dolor
mareando historia y esperanza,
aquí,
ya no más enfrente, aquí,
entre los ojos,
en la cabeza, adentro,
que desmayes siempre.

Me miraba,
pero iba concentrada
en la liviandad,
en la gracia
de lentitud y verdad.

Hombres, parientes, hermanos,
rompiéndose, destrozándose,
extraños caminos de presente,
extraños caminos al futuro,

negados caminos, imposibles,
para ti, para mí.

Y ella bailaba,
cálida y blanda.

Los propósitos miles,
los planes, todo el bien prometido,
cálculos y estrategias,
seguridad asegurada, todo,
velo todo ahí
destruyéndose mutuamente,
bestias ensangrentadas levantando felices
el brazo de la victoria,
el brazo asesino,
cayendo las bestias,
cayendo desentrañadas, macabras,
debajo de las próximas.

El pelo cubría a veces
su cara,
la sonrisa era cariñosa
y me indicaba,
a mí,
a mí aludía -
generosamente.

Predicadores, atormentadores,
o rápidos, entre sorpresa y sorpresa,
los más ágiles,
que te unas al emblema de la muerte
o mueras.

Cadenciosamente,
girando en vaivén,
su cabeza preciosa,
la pelvis,
la pelvis indecible,
que la vea,
la enfrente,
que la lleve.

Agradecer el estar vivo.
A quién, dime, a quién agradezco,
a qué dios, a qué objeto,
a la suerte,
a la maldad que se detuvo ante mi,
pusilánime, y no quiso,
y yo vivo,
vivo aún.

Mi largo camino hasta aquí,
recordar pedazos de infancia,
de juventud,
los anhelos de congruencia y honestidad,
la riqueza de momentos felices,
conocimiento y seriedad entretejidos
con luz y sombra,
o hacia adelante, el camino madurable,
el camino hacia la amplitud,
sonreír a dificultad y distancia,
a flujo y quietud,
la balanza entre puedo y no puedo
en medio del corazón.

Bailando,
bailando suavemente,
indicaba su piel
hacia el centro del universo.

Los Tiempos

... desde donde a las cosas les viene su génesis
hacia allá también les ocurre su disolución
de acuerdo a la necesidad:
pues intercambian lo propio
con el equivalente de lo impropio,
según lo ordene el tiempo.

Anaximandro

- página en blanco -

Es una tela de luz
sobre la esfera
de roca y agua.

Se mantiene
adherida
como cariño y milagro.

Es el inicio
en la otra dirección,
el retorno invisible.

Digiere el universo,
transforma
piedra y aire,

que ahora sean cálidos,
íntegros, blandos,
y se muevan.

Pero ya desaparecen,
a veces, mira,
y son expresión.

Los obedientes, los animales,
a veces se equivocan
y regalan.

Como cáscaras, botados,
quedan sus cuerpos
visibles.

La armonía se multiplica
y se ancla ahora
en menos.

Son voz a sus leyes,
los transparentes,
juegan y brillan.

Se relacionan
y la piel tampoco
ya casi importa.

Valen,
y su proveniencia
transmuta.

Le quita la vida
unidad
a la piedra.

También a nosotros,
a los vivientes,
cuando vamos serenos.

Nos deja atrás,
pero una gracia
vibra liberada.

El espacio
se abre
y experimenta.

Lo que en nosotros madura
sin embargo, el complemento,
inicia el retorno.

Ambos, involucrados,
van midiendo
la vuelta.

A quien obedece
le resulte
oír.

Fluya
de piedra en felicidad
y allá en armonía.

A nosotros nos sobrecoge.
Pero nuestro tiempo
nos limita y protege.

Vaivén increíble
y yo metido
en medio.

Flujo y contra-flujo
exactamente sumados, tal vez,
pero inmensurables.

O cualquier otra verdad -
en torno a la piedra,
en más y en menos.

Roca
y
hueco.

Animal
y
voz.

Conciencia
y
roca.

Que alguien te entienda, vida,
tus juegos abiertos, claros,
tu fluir inagotable por encima
de dificultad, de tiempo y caída,
por encima de todo, entusiasmada, segura,
fluir cantante,
entienda la gracia que une tus sí y tus no,
el acorde amplio
que vibra hacia arriba desde la tierra,
lo sepa, lo sienta, vida, lo vibre,
te acompañe convencido y feliz,
agregue su propio sonido al tono de tu decir,
a la voz que cantas hacia el espacio lejano.

Queremos alabarte,
queremos unir nuestras habilidades,
nuestras pequeñas aprendidas destrezas,
aumentar en algo tu fluir,
pero más, ir, ir con lo tuyo, no perdernos,
no perder esta única vez esta única posibilidad,
acompañarte y sumergirnos, alegres, íntimos
(íntimos como jamás esperaste
que podríamos resultarte),
sumergirnos sumados a tu torrente,
que cómo podríamos alabarte,
cómo, sino yendo.

Seguirte, seguir tu camino desde piedra y agua
hasta el calor de aliento y piel,
hasta el hambre y la sed,
hasta el dormir plácido y feliz,
las carreras contra el aire y por encima,
más allá de nosotros, intuyendo, intentando,

los inicios del ámbito distinto,
hacia la ligereza, hacia la liviandad.

Siguiéndote
ver los inicios del otro universo, entonces,
del que nace en nosotros,
esa danza de gracia y energía
transparente, luminosa,
verla sintiendo sus tiempos madurando,
mutando de plenitud en plenitud.

Como llevado por su propia seriedad,
por una fuerza oscura, profunda,
cruzó las semanas, antaño, hosco y callado,
y no sabía.

Apartando los últimos matorrales,
de frente a la iniciada planicie
y apoyando el brazo en una encina
tuvo la gran intuición.
Iluminado, corriendo, buscó piedras,
las apiló, corrió de vuelta,
miró y comparó,
corrigió lugar y postura,
de a poco feliz por fin,
hasta que aseguró casi el hallazgo,
incrédulo de alegría.

Y en el hogar después,
de quienes le escucharon, quién
imaginó de lo que hablaba.
O al día siguiente, la felicidad
porque no estaba nublado
y pudo comparar otra vez.
Días y declinaciones,
los cambios de verano a nieve,
el gran ciclo
hasta las marcas aún increíbles.
Ciertas una y otra vez.

Y no que había cambiado algo,
pero el corazón, cómo iba, lleno, amplio,
abarcando por encima de bosque y peligro
hacia el sol, hacia la geometría inmensa,
y aquí cerca, hacia las estaciones,

hacia costumbre y recuerdo,
hacia adentro tal vez,
hacia permanencia y flujo,
y hacia adelante, embriagado.

Y lo que nos lleve,
qué importa,
lo que nos lleva por en medio de todo,
preocupados, anhelantes, intranquilos,
y lo que maduran los agraciados,
qué va, si así somos los humanos,
nosotros, el retorno insinuado,
el inicio de esa nada
que sabe fondo y mundo.

Pero también la pradera nos esté clara y asequible,
ella que descansa en el presente y se sostiene,
y no haya nada que muestre hacia afuera -

pasto, árbol y animal
acepten complacidos nuestro venir,
nuestro alcanzar hacia ellos,
nosotros tiritando entre admiración y agrado,
acercándonos lentamente,
descalzos sobre rocío y hierba -

sumergidos en la verdad de transparencia y aroma
no sepamos de nosotros,
nos hayamos olvidado que somos
y todo esté alrededor, entorno a nosotros,
lo más propio, lo más profundo,
ahí, ahí delante de nosotros,
pulsando los ritmos de vida y pureza,
toda la intimidad volcada al otro lado de los sentidos,
y la veamos, la palpemos, la hagamos nuestra
aspirándola, aspirando aire, imagen, cambio -

y lo que hagamos,
todo el moverse, tocar, seguir,
el hacer nuestro
no sea ajeno al lugar, sea íntimo también,
así como se genera y es obvio y fácil
en manos felices -

claro, seamos parte del fluir,
compañeros de animal y roca, compañeros amantes,
seamos transparentes nosotros mismos
en medio de toda la transparencia,
sintiendo lentamente el saberla,

lentamente alegrándonos de ser
la pradera clara y asequible.

A los tiempos, corazón,
así como vienen lentamente madurando
su propia querida cosa
y se anuncian tiernamente,
darles espacio en medio de todo,
en medio del fluir,
que puedan ser libremente, holgadamente,
que expresen desde bien atrás
su nombre entero -
para esto estamos, corazón,
que nos abramos a ellos
y les dejemos decir.
Pero mira qué angosto es el cauce,
el propio espacio,
que qué cedemos, qué podemos soltar,
y son tantos que vienen y quieren madurar -
yo no sé.

Algún día sin embargo aprender
el hacer espacio
y verlos llegar suave, casi tímidamente,
verlos desarrollar sus secuencias,
las largas esperas entre cambio y cambio,
y más tarde, después de todo, aún progresando
las etapas de la vida,
el tenue recogerse en limpieza y silencio,
olvidándose a sí mismos,
desapareciendo hacia su próximo origen.

Ir con ellos cada vez,
ajustar nuestras vidas
a sus ritmos misteriosos, corazón,
a sus lentitudes serenas,
ir con ellos, acordes, de inicio a fin,

transmutando pausadamente
de tiempo en tiempo
así como vienen, y no perder ninguno.

No parece posible, en todo el tumulto.
Uno a uno ya es gracia, límite, milagro.
Pero dos, pero más, cómo, dónde, dime,
aprehenderlos paralelos, contemporáneos,
en qué mundo no se nos niega.

Entonces uno solamente, está bien,
uno que aquí se exprese,
en medio de nosotros, corazón,
un tiempo diga en mi boca todo su nombre
y yo lo pronuncie entero,
sin guardarme sonido ni tono.

Entonces cruzar los espacios
sólo con los labios cerrados,
oyendo, viendo -
obediente.

Entonces ya sólo yendo,
y en medio de lo abierto
abriéndome a mí.

Entonces siendo el tiempo
en la sangre
simultánea.

Y de pronto todo juega,
viento, luz y roca,
nada quiere quedarse,
se dejan mojar, partir, transformar,
el sol luz ilumina distinto
y participan, entusiasmados,
del juego increíble.

Y lo que fue agua, piedra, aire,
ahora va mezclado,
pulsando entre comienzo y renovación,
nace y crece, despierta y madura
y no quiere reposar, no más parecer eterno,
pero ir graciosamente
hacia el futuro desconocido.

Contagiando va
por encima de la tierra.

Nosotros mismos, cómo vamos,
jugando, jugados,
el tiempo en el corazón,
también desconocidos.

Que en nosotros se comporta
como ya un juego distinto,
apenas insinuado entre acciones y casos,
apenas esbozado sobre la faz del sentir,
incompleto, ilegible,
sólo trozos de juego, sólo trozos de gracia,
pero sin porte ni medida,
que aquí quedamos atónitos y mudos.

Queremos jugarlo,
queremos caminar por los trazos
de su bella escritura,
nosotros aún incapaces lo queremos,
de giro en giro, de verdad en verdad,
la danza liviana.

Y lo que disminuimos
hacia peso y dureza
ganarlo en la nada
que expresa su saber.

Y qué es eso último,
esa última ola afuera en la playa,
rotando ya por encima de sí, volcada y sonora,
qué es, si antes era todo
pero ahora ahí se muestra.

Y nosotros.

Palpables y reales desde antes de nacer,
ya antes de crecer hacia la bella maduración,
somos el borde afuera del centro increíble.

Mundo, secuencia y orden, noche y distancia,
todo, el universo bellísimo,
mira si no es contraste, fin y resultado,
si no es contra-juego de un otro juego,
de uno más sutil, más tenue,
pero más libre y profundo.

Si fuésemos capaces, claro,
si viésemos nuestro origen
o hacia adelante, al futuro, por encima
de las escalinatas de tiempo y maduración,
de roca y agua, retornando, hacia adelante,
el centro destino,
cómo mutaría sentir y verdad.

Estamos en medio.
De la limitación nos emerge lo propio.
Y el juego, el otro, el que no somos,
intuido y lejano, nos contra-es
en más y menos.

Donde se junta polvo, desprecio y olvido,
ahí, apartado de la vista
y detrás de la cortina floreada
- angustia se llama su sombra -
ahí me nació luz, calor y verdad.

No es caro el espacio ni nuevo,
como una piedra en el campo
que deja ir y no llama,
como palabra invertida
que se deshace de lo nuestro.

Su tiempo es lento
y mi sangre aún lo alcanza,
yo freno pero así me adelanto.
Nunca lo logro.
Es un comienzo, una seña,
unos pocos pasos unísonos -
y ya no.

Qué se reserva, si supiese,
qué guarda para cuándo en ese ritmo quedo,
qué suave fuerza se gesta,
qué sonrisa, qué poder tan bajo sombras
para qué otra gente feliz.

Lo mío es poco y luego,
pero en esto otro
- casi aún prohibido, casi aún ajeno -
me inicio en la apertura
de quietud e imagen.

En todos los lugares va la perseverancia
mostrando la esencia del mundo,
en la lluvia, en el viento, en marea y tierra,
en bosque, animal y luz.

(Sólo nosotros queremos triunfar,
ser un momento la imagen heroica, visible.
Para quién, dime, son las piruetas,
a quién aluden en su ignorada, equivocada soledad,
desamadas de sí, con todo su esfuerzo
cayendo fuera del flujo, dime,
con el largo sufrir hacia error y fin,
aplaudidas algunas, que alguien las premia.)

Convergen los lugares,
se juntan como en el fondo
de una oreja grande que quiere escucharlos,
en un fondo que quiere asir
los preciosos paisajes, los tiempos con frutas,
quiere madurarse a sí mismo
y devolver lo recibido al entorno sereno.

(A veces nos olvidamos de nosotros
y unidos a noche o luz vamos.
Lo que ahora hacemos, así,
estas piruetas sueltas y lentas,
las del corazón,
cómo se ven en el aire,
son hoja, viento, gota,
enteras, llenas,
el tiempo resbalando
de sus graciosos giros.)

Quisimos medir.
(Dame la verdad
y te regalo el mundo.)
Jugando, probando, errando,
como construyendo una torre,
así fuimos captando.

Y lo que fue inicio y juego
ahora está fijo,
gravita sobre corazón y piel
y en los ojos impide mirar.

Maldición y sequía sobre la tierra poblada,
y avanzan los débiles, debilitados,
en busca de agua, de pan,
y caen en curva y sombra, para siempre.
Los pocos, los que llegan,
qué fuerza les queda, qué tanto ven
después de todo el restarse.

Quienes vengan sin embargo mañana,
los futuros, a ellos
les sea la distancia desde lo nuestro
bendición y sonrisa,
ellos vayan derramando lo dado,
sean patrón y referencia de sí,
serios, felices, fluyentes,
madurando sus vidas
por encima casi, rebasándolas, del tiempo,
más íntimos, más reales,
de mutación en mutación -

la maravillosa ganancia
de todo intercambio.

Lo que afuera es cariño y milagro,
la manta de luz,
en nosotros, aquí, es más, invisible,
es empuje, necesidad,
que vayas atento, aprendiendo,
y nada te repita.

Tu semblante aún sonrío pero adentro
se hizo ya, sin querer, tristeza y nostalgia,
y deambulas de nuevo anhelante, efímero,
hacia la nueva periferia,
empujado, empujado,
que el animal que te lleva qué sabe,
va y avanza,
que tú unas tiempo y camino.

Todo es nuevo.
Pero se abre, finalmente,
como cáscaras rompiéndose
y queda atrás.

Se nos pierda a veces el afuera
y no sepamos el lugar
o que olvidemos los nombres
que separan atrás y futuro,
las caras de nuestra continua mutación,
no importa.
Una sonrisa más amplia parece engolfar
afuera y adentro, antes y pronto,
y en paisajes se refleja tranquila.

Noche es la verdad del universo.
Amplia y transparente se sostiene en sí misma,
y en su intimidad tolera los juegos
de pregunta o sol, de ira o paz,
livianamente, permisiva,
que no falte espacio ni tiempo.

Oscuro
es el lugar que habita mi sangre -
cosas van y vienen,
se muestran algunas a la luz de mi saber
o se evaden, retornando, que no las vea -
es un cuenco de salud que sostiene mi vivir
y lo juega en acordes y ritmos.

Cuál es la noche grande, la otra,
la que permite las nuestras.

Es un gusto a sal. Un adormecerse.
Y una gran ola alta y volcada
te lanza lejos.

Claro, es extraño.
Construimos lo grande con pequeños ladrillos
y tan de pronto la marea del corazón
que no entendemos.

Agrado y susto en la vista
vuelas.

Somos costa en la periferia de su ir,
intento y expresión
de su vehemencia subyacente,
génesis o disolución,
el tiempo mostrando la cara que ves.

Por encima de roca y pared, hacia la tierra,
o de frente, vivo aún, impulsado y veloz,
la sal en la boca.

No obedecer - esa otra libertad.
Pero la más propia es
cuando quieres.

Como inseguros, casi intentando,
ingresamos al flujo, al río inmenso,
pero no, de vuelta y estáticos,
tiritamos nerviosos:
en este islote de náufragos
con sus verdades accidentadas
y sus recuerdos eternos.

El agua va.
Y con ella van primavera y otoño,
las noches preciosas,
las bellezas del inicio,
la fuerza, la perseverancia,
atardeciendo las dulzuras,
bailando, sumados,
que todo sea.

Y nuestro saber diciéndonos:
esto es así, eso asá.
Pero recién en el torrente
se dan las cosas enteras y felices,
madurando sus desarrollos
en cada una su velocidad,
que juntas, alegres,
se muestren seguras y propias,
abiertas como van
en el orden del tiempo.

En la mitad del semblante
la mirada del búho,
silenciosa y abierta,
reflejando la propia, la del corazón,
(así como late entre marea y marea),
atenta, que su doble centro reciba
peligro y felicidad
como transparencia y verdad,
y nada perturbe su nocturna serenidad.

Amaneciendo se va
- intercambiando -
que de su vivencia emerjan
convicción y paz
y al sol se muestren
activas y fuertes.

Un pulso
en el centro del universo
asciende
- ampliándose -
vigoroso, inmenso, lento,
que todo vibre al unísono -

un movimiento severo,
y a él se le agregan otros,
frenéticos, entregados,
como ola de fuerza y verdad,
grandiosa, terrible -

alzándose, también, subiendo,
tiembla la vida
entre miedo y entusiasmo,
la delicada, la apenas iniciada,
obedece al empuje
llevada por el pulso
que crea y posibilita -

y nosotros, casi sin aire, viendo,
arrastrados, alzados,
mareados de todo lo sentido,
de susto, de alegría,
atónitos, embriagados:

trascendiéndose a sí
va.

Somos distintos, por cierto.
Perdimos casa y lugar, la guarida del corazón,
como nómades errantes deambulamos
por el paisaje alejado.

Aún recordamos palabras de esos otros tiempos:
mantel, margaritas, miel,
los pinos, jugar a la pelota,
tarde, cama y fiebre,
intimidad - no, si esta aún la usamos,
es sexo, creo, o vestirse.
Botamos lo que nos pesa, lo que no sirve.

Caminamos, avanzamos, movemos los pies.
Dónde estamos. O que alguien vea
a través del polvo que hacemos.
Hacia dónde. O son puras vueltas.
Y ese, mira, ríe -
y al reír descansa, tal vez.

Estamos presos en toda la libertad.
Cambiamos nuestras monedas del valer,
las apostables, compramos y somos.
Las veces que quieras.

Sueltas en la mente van las antiguas,
las necesidades, calladas como eran,
ahora desgarradas, hirientes -
disfrazada una y mira, atrayente que parece,
todos compran.

Depredados, depredando,
si ya quiénes somos.

Marea el recuerdo, la imagen de gente
generando presente y vida,
generosos, dadivosos,
esos libres que obedecían,
esos felices sintiendo
inicio y retorno
como constancia y hogar,
como lluvia, huerto y pan.

Tiempo, origen de los otros,
quiero nombrarte, decirte,
asir tu esencia, pero -
no puedo.

Hacia atrás, sólo, la estela maravillosa,
el desarrollo de cada cosa,
urgida que va necesidad tras necesidad
según le abras tu espacio inespacial,
leagas participar de tu transcurso innombrable -

las imágenes parciales, las bellas,
verdor, flores, fruto, humus,
que ordenas como tonos de una melodía,
y yo, juntándolas,
escuche tu verdad ensordecedora, embriagado,
junto a ti de momento en momento -

el intercambio paulatino
en que madura cada verdad, mostrando,
antes que mute, su naturaleza más íntima,
lo propio, desnudo y fuerte -

y mutando entonces,
ver lo otro, lo próximo,
que ya no es lo impropio, de nuevo,
sino limpio y sano
un inicio, un comienzo,
la necesidad triunfante.

Y a mí mismo, percibirme,
sentirme expresado como la música
de uno de tus instrumentos,
incesantemente sido

que apenas logro escucharme,
así como me vas de tono en tono,
de compás en compás,
ahora una de tus piezas -

temporal, íntimamente.

Si alguien viniese
y de pronto te cuestionase,
tirase en medio del pecho, como lanza,
la pregunta ¿eres feliz? -
¿qué harías?

Deambula mi vista
por paisajes de mi vida,
 nombro algunos -
pero parece que no valen.
Recuerdo gestos, caras,
un objeto que fue precioso,
una mano, un regalo -
pero no.
Turbado y silencioso
me dejo llevar por mis pies.

La noche otoñal envuelve mi andar,
huele el aire a trigo y a fruta dulce,
y de las hojas que ya caen
emergen aromas transparentes,
grillos se atraen
y unos pájaros expresan dolor y anhelo
por en medio de la oscura distancia.
Orión todavía es visible
pero Scorpio aún no sube.
El flujo de la vida se me muestra
ancho, intenso y profundo,
y viéndole, me admiro.

El peso del sueño se apodera de mí:
que pronto, en mi reposado respirar,
vibre más entregado junto a todo este ir,
a los ritmos que aquí se encontraron,

y sepa mi sangre lugar y tiempo
como signos de mi vivida respuesta.

Es una tela de luz
puesta sobre la roca
cariñosamente.

Somos el iniciado retorno
al centro
indecible.

Calidez y perseverancia
se concentran
humanamente.

Tiempo
es la verdad
primera.

Roca y agua
son su bello
complemento.

Experiencia y expresión
su juego
precioso.

La sonrisa recorre
el aire
de la tierra,

cruza los espacios
y contagia
tiernamente,

que todo goce
entre inicio y retorno
serenidad y dulzura.

Blanco y negro
se abrazan
con fuerza,

disminuyen
y
aumentan

según
el tiempo
los gire.

Desprendida voz
sobre la tierra
humana,

que lluvia o sol
no te sorprenda
enredada

y siempre esté pronto
tu nuevo
inicio.

Amaneciendo
saber
de la tarde.

Diciendo
ser
el silencio.

Y viviendo
intercambiar
lo uno con lo otro.

Suelto y sereno
ir por delante
de toda necesidad

viviendo
sus luchas
limpias y sanas,

llevando
génesis y disolución
en medio del alma.

Animal,
roca
y aire

girando
en torno
al inicio

que es
sabiamente
el final.

Haciendo
el
dejar ser

y expresando
lo
propio,

de necesidad
en
necesidad.

El Silencio

- página en blanco -

El silencio baja sobre mi vida
como la noche sobre la pradera,
lenta, irrevocablemente,
y en el ámbito nuevo
late aumentado
el corazón.

Mis labios se sueltan amargos,
la lengua, los párpados,
todo participa involucrado,
nada quiere ausentarse,
serios y quedos,
vienen, vivencian.

Como bondad
intercambian el dolor,
de lugar en lugar,
de calma en calma,
como mate entre amigos,
de soledad en soledad.

No pierda el camino
mi corazón nublado,
no elija el error
cuando va ignorante,
sino done de sí
la vía.

Cruzadas como preguntas
surgen soluciones,
que ya baste,
que se reponga
y vea
y coseche.

No sabe.
La amplitud de la vida
se agranda desde su centro,
y un quejido se ahoga
en el fluir
de la sangre.

Entre montañas y colinas
es un valle hermoso
de luz y verde,
sus prados invitan abiertos
y los árboles de dolor
crecen a lo alto del verano.

Si me hincase
envolviendo la verdad
como abrazando a un niño,
sumido en el silencio
regalase tiempo sobre tiempo
al paisaje viviente -

y este, llovido,
brillase su presencia
hacia mi vista atenta,
no volvería, tal vez,
lo imposible a intimidar
la feliz, la iniciada visión.

La savia de los árboles,
la savia de este bosque,
todas las aguas del valle
aquí
se iniciaron
desde mi soledad ilimitada.

Hojas, tronco, frutos y raíz,
todo es de lo mismo,
y avanzando a través de la espesura
me reconozco repetido
de dolor en dolor
silenciosamente.

Como cariño
está el aire en todo
y las gotas en las ramas
humedecen
mi cabeza
descubierta.

Mi vista era aguda,
iba de cosa en cosa,
concentrándose salía de mí
y clavándose así,
trayendo botín y presa
a mis pies.

Ahora es una ventana
abierta y sin voluntad,
es ella misma un paisaje
que refleja o se deja reflejar,
como vientos van las imágenes
entrando o saliendo.

Va por el tiempo
despierta, clara,
y hasta en el sufrir ciego
de una oscuridad desolada
persiste
como piedra bajo la lluvia.

No sé, creo yo.
Con frío, con hambre,
como manada de lobos
cruzando
nieve, bosque y declive,
así, anhelante va mi alma.

Lejos ya parece estar lo perdido,
un recuerdo a veces aún
trina con ahinco en el oído,
que yo sepa la apertura
entre nostalgia y verdad
y falle todo consuelo.

Pero el andar mismo parece pausar,
parece entregarse
a la evidencia excesiva.
Entonces ni trinos
acompañan abajo la pregunta
si sé.

Algo
que no sea aprender,
y yo pueda llevar conmigo
como amuleto, como joya,
me acompañe
en horas de silencio.

O en el flujo
que me atañe
complacido olvide que soy,
vaya de ola en ola,
por curvas y rápidos
sonriente.

Apenas emerge desvanece.
Desolación y pérdida
son las marcas del paisaje.
En el viento que lo cruza
no escucho
ningún comentario.

Contra-flujo de toda alegría,
de todo crecer,
noticia de abandono,
de desarraigue y fin,
evidencia opuesta
a mí.

Abierta va mi alma
por el tiempo distinto,
abierta hacia la noche alta,
perdiendo de estrella en estrella
sus aún escondidas, guardadas esperanzas,
de certeza en certeza.

Cuando era pobre era rico
así como se me muestra la vida,
vaciándose, que no entienda,
y yo me haga amigo
de la nada
que me envuelve.

Como té
en el fondo de un cuenco
me reunió qué gravedad,
qué me aquietó
desprendidamente
en el centro de la soledad.

Todo sigue yendo,
pero está demás,
no importa,
y ya no hiere
a un corazón de aire
que reposa como ausente.

Dolor y cariño
se acercan mutuamente,
pero no, se sueltan,
libres, tranquilos,
esfumándose como vaho
de mi bebida.

Mi alma es un cuenco.
Como musgos a la roca
se pegan a su superficie
las esperanzas felices
de un alegre sonreír,
de un ir armonioso.

Crecen, se multiplican,
pero yo limpio a diario
la lisa concavidad,
que cese el quehacer,
que ya no más mienta
la otra verdad.

Quién dijo silencio,
quién dijo soledad.
O en mí,
lo que se quiere decir.
Ni las letras hallo
o algo de sus negados sonidos.

Sino el desprendimiento.
Se evada de mí
recuerdo, anhelo, quehacer,
y yo enfrente
pérdida tras pérdida
y pierda todo otra vez.

Como si fuese una piedra,
no mas pulsase
la sangre en el cuerpo,
fuese tierra, polvo,
algo distinto
a todo lo vivido.

Apenas, al pasar, unas pocas
lágrimas de pena,
apuradas, apretadas,
y de nuevo se abre
a los ojos
la imagen adversa.

Nada, entonces,
y yo aguante
también esta vez
en medio de la soledad,
el corazón contrito,
la mente incierta.

Sea entonces
este el juego,
el perdurar,
y yo escuche
el vacío ahora
serenamente.

Entonces
fluya ya
el tiempo
desde el centro
de mi quietud
aceptada.

La sombra está sobre mi piel.
Está sobre mi vida,
sobre todo lo que fui, lo que soy,
cubre las dulzuras, ayer,
los encuentros de mañana,
yace entregada sobre mí.

El tiempo se detuvo, ya no va.
O dentro, transformado, madura
en la quietud de lo oscuro.
Crece, tal vez, muda,
trocándose a sí mismo
se desparrama inmóvil.

Y yo, si importase.
Ajeno a lo que ocurre,
a lo íntimo, a lo propio,
apenas percibo el quehacer
que silenciosamente se me muestra
como expresión de dolor.

Soy un ciego
en las calles
de mi sangre,
apegado voy
a las paredes,
bastoneando.

En las tardes
palpo mesa,
olla, pan,
tomo agua
y
sé comer.

Pero del sueño
no despierto,
no hay mañana,
en lo oscuro
aquí
de mi ser.

Dejé que todo se suelte.
Que flote en el aire,
tome dirección y sentido,
vaya o vuelva,
o caiga, simplemente,
y se deje suceder.

Yo mismo, sin voluntad,
quién soy.
Como cebolla, tela por tela,
me desprendí de lo mio,
y ahora casi soy aire,
dónde hay recuerdos.

Nada.
Esta es la verdad.
Su limpieza no se ofenda
con mi presencia,
y no altere yo
la validez de su hora.

¿Qué es vivir
sino ir involucrado?
Desprendido de todo
voy como muerto,
qué es saludo
donde no hay interés.

Vivo como ausente
estos días de silencio,
un nada casi
en medio de la nada,
flotando sin peso
terrenal.

Soy lo otro,
contra-juego a mi pasado,
a las riquezas infinitas.
Vientos van, vientos vienen,
pero en mí no encuentran
qué mover.

Ir con el corazón
fue la bendición de días atrás,
viendo, olfateando, tomando el gusto
hasta que vibraba de cabeza a pelvis,
embriagado, ahogado,
feliz momento a momento -

bendición ida, ya no más,
ahora, aquí,
en donde mi boca,
suelta y amarga,
sirve apenas aún para decir,
callando ya, lo último -

y mi corazón ve de frente
la sustracción de todo lo vivido,
palpitando, palpitando,
como si esto fuese vivir,
palpitando, ve la nada
que aquí se acrecienta.

Bajé la mano
hasta el fondo del cuenco
y limpié y limpié,
no entendiendo,
otra vez,
no entendiendo nunca más.

Todas las felicidades
hallen en mí
su logrado contrapunto,
las riquezas del alma,
los encuentros, las caricias,
torrentes y sonrisas.

Y a las dulzuras se unan
también las tristezas ahora,
las penas por lo ido,
todo, blanco y negro,
la plenitud se contraste
en el vacío de la hora.

Sepa mi corazón
aquí en el centro del silencio,
en el fondo de este hueco callado,
en este lugar sin nada,
sepa para siempre la visión
del desolado paisaje.

Casi olvidado de haber sido
se concentre en sí
y descanse por fin,
apoyado en el vacío
se confíe a la hora
sin tiempo.

No más se agite,
vaya profundo, tranquilo,
y perdure tal vez,
entregado, serio,
palpitando
su ritmo ingenuo.

Hoy volví a ver.
La luz de la vela
caía sobre la mitad cortada
de un limón,
y brillaba esta superficie
como el sol de un niño.

La cáscara opaca
aún parecía contener,
parecía proteger el interior,
un blando cariño
puesto en torno
al jugo exquisito.

Hice amistad afuera
con el fruto abierto.
Su silencio se acercó al mío,
y sueltos, libres,
avanzamos por el tiempo,
claramente unidos.

Qué verdad
se quiere expresar
desde este ámbito vacío,
qué necesidad
puja en contra
de mi humana gravedad.

Que lo supiese,
que mi mano acompañe
este extraño ir,
sus últimos, ya logrados pasos,
y viéndole entonces
lo deje ser.

Pero quedarme
sin querer lo que quiero,
sin saber mi silencio,
esperando sin tiempo,
una voz de la nada,
es distinto a todo lo mio.

A donde yo acerque
cariñosamente mi mano,
para caricia, para ternura,
desaparece el objeto
como magia,
negándose a sí.

Entonces
ya voy con más silencio
en mis labios cerrados,
más desconcertado en la mirada,
y en la frente se me hunden
señas sin sentido.

Lo que antes fue difícil,
fue el abrir los opuestos
para una amplia libertad,
ahora va fácil
por ámbitos desarraigados
y a la mano se adelanta.

No entiendo mucho
así ciego como voy
por los espacios de mi vida,
pero el pulso retumba
en torno a mi conciencia
como lo único cierto.

Se deshace toda relación,
se va, se cae,
como madera antigua
ablandándose entre los dedos,
partes, grumos, polvo,
y me sorprende de nuevo.

Me retraigo aún más,
que no baste ser ciego,
sino me convenza de no querer,
de ya no ir como iba,
y acorde resuene en el silencio
el eco de mis latidos.

Día a día
es algo nuevo
lo que pierdo,
un recuerdo,
un cariño,
una sonrisa.

A veces pienso
si me voy a quedar
sin respirar,
sin tomar agua,
así como se resta
todo de mí.

Qué es.
Qué pasa.
El silencio crece
por encima de mí
y me muestra adentro
su propio vacío.

Bastó
que yo descubra
el flujo torrencial
que somos
para que en mí
ya nada fluya.

De alegría, de plenitud
quise cantar, quise gritar
nuestra existencia
por encima del tiempo,
y ahora es silencio
en mi alma atónita.

Entregado
dejo que sea.
Contra-juegos
hacia un vacío
cada vez mayor,
o qué.

No se libere
mi vida
de conocer
a cada plenitud
su vacío
contrapuesto.

Las percepciones infinitas,
las anchas, profundas,
las preciosas,
se contrasten pues
en el silencio
de estas horas oscuras.

Alegría y pena,
cariño y nostalgia,
todo,
el vivir inagotable,
aquí en mí
sea ahora nada.

Desvivir la vida
contra-vivirla,
cómo puedo,
crecer al revés,
no entiendo,
desalimentarme.

Apoyo mi espalda
en una roca,
masco unos pastos
arrancados del suelo
e insisto,
no entiendo.

El tiempo avanza en contra,
liviano, ligero,
números fáciles
de una libertad inhumana,
y los pesos mismos, los reales,
flotan hacia los aires.

Mi alma está callada.
Todo el desorden
es orden tal vez,
pero yo no sé aún,
no sé leer
las nuevas relaciones.

Quieta está mi alma,
como laguna
en las penumbras
del día que ya viene,
quieta y oscura,
más fría que mi cuerpo.

Está sola.
Pájaros cruzan repentinos
el aire transparente,
siempre alejándose,
pero yo no sé
a dónde van.

Desvivir la plenitud,
vivir el vacío,
qué es esto
que nadie me enseñó,
cómo lo hago
de cara a mí mismo.

Pero más,
seguir siendo
de cara al vacío,
de cara al vacío
en que se contrasta
el jugo de la vida.

Y ser
entre latido y latido,
entre aire y aire,
ser
un poco ya
el propio silencio.

A veces parece
que la nada,
oscura y opaca,
se tornase
más clara
y un poco transparente.

Que hay fuerzas
comunicándose cosas,
líneas de contacto
para una red informada
que vibra
en lo desconocido.

A veces parece
que uno mismo
fuese distinto
y una parte tal vez
de esta iniciada
percepción.

El leñador se equilibra
sobre los troncos
en el río
y avanza
de uno en otro
osado y gracioso.

Y uno iba en la vida
de situación en situación,
erecto y flexible,
madurando
los tiempos distintos
del cauce precioso.

Pero el silencio
es el vacío
en que todo
se aquieta.
Lo nuevo
nace de nada.

Quiero hacer,
quiero contribuir
con mis manos
o mi propio silencio,
que no falte
cuidado o cariño.

Pero no.
Seña o verdad,
lo que emerja,
en mi presencia
se evade
y no está.

Más anulado aún
cruzo
los espacios delicados.
Sin mí
se concibe
algo.

Es un quehacer
poco tangible,
son líquidos diluidos,
vahos,
contactos suaves
en medio del silencio.

Me alejo
del lugar indecible.
Pero a donde vaya,
antes que llegue,
ya está
la noticia preciosa.

No tengo
dónde ir,
todo sabe.
Mas aunque moleste,
lo iniciado
progresas.

Soy ahora yo
quien quiere ausentarse,
quiere no interferir
con mi pesada solidez
en el proceso
de gracia y encuentro.

Quiero ser más silencio
que todo el conocido,
más nada
que toda la vivida,
y que esto
no se frene en mí.

No importo.
El quehacer
se activó en el universo,
liviano, transparente,
germina en el aire
la luz regalada.

Me hinco.
Una blanda calidez
gira en torno
a mi admirado sentir.
Como rezando
busco palabras.

El silencio
se llena de luz,
de principios de vida,
en sus espacios de dolor
apenas contiene
el iniciado ánimo.

De cambio en cambio,
siempre atrasado,
sigo el devenir.
Mis manos descansan
sobre la tierra
relajada.

Más allá del dolor
está la limpieza,
el aire brillante
que comunica,
la transparencia embarazada
de gracia.

El pulso marca
la verdad constante
de mi perseverado ir -
como triunfo,
como atracción
resuena en el entorno.

Pero sólo valga
percibir el inicio
invadiendo los huecos
de la nada mutada.
En su silencio
se gesta un decir.

Ando
bajo el signo
del silencio
dejando
que todo
conciba.

Mi cuerpo
está blando
y suelto,
los lugares
se llenan
de verdad.

O en lo oscuro
me confío
al sueño
respirando gustoso
el tiempo
que madura.

Que no vea,
qué va,
que no escuche -
igual irrumpe
el sentir
la energía liberada,

el accionar derramado
hacia el volumen que habito,
las fuerzas pujantes
en su lucha recíproca,
esta danza vital
en que todo se hace posible.

Ver es, o escuchar,
ya más un mostrar,
un dar al entorno
un poco de lo propio,
un sumarse tal vez
al silencio creador.

Aquí se cruzan
los caminos de la vida,
los sentidos diversos
que seguimos
hacia los lugares
de la tierra humana.

Desde aquí iniciamos
las distancias vivenciables,
soltamos los ríos
del hacer,
aquí somos
y volvemos a ser.

Desde el sí y el no
y hacia el no y el sí,
el callado lugar es
en medio de la nada
el momento que gesta
su madurable plenitud.

Soy un ciego
en las calles
de mi sangre,
callado voy
junto a las paredes,
percibiendo.

En las tardes
me viene
el cariño,
casi
se me abren
los ojos.

Pero en la paz
aquí
poco vale si veo,
otra luz
invade
mi ser.

El aire ecuánime
envuelve mi cuerpo,
va en torno a mi piel
como contacto o distancia,
jugando, da igual
en su libre presencia.

Entra en mí, sale,
transparente, generoso,
viento del alma
yendo o viniendo,
que yo sepa mi centro
en medio de todo.

O fluyendo de noche,
como brisa de verano
por encima de mí,
ligero, oscuro,
comunicando los silencios
con otros silencios.

Es cierto,
nada es mío.
El agua fluye
de piedra en piedra,
limpia, libre,
transparente.

Y aun si me enojase,
o una sonrisa,
un golpe, un ir,
qué,
sino yo pertenezco,
cuando más.

Relaciones
atraen o repulsan,
y ellas mismas,
se mezclan, se renuevan,
avanzando giran sobre sí
y juegan en el tiempo.

El silencio
es el mar en que soy,
es condición y verdad,
alimento, posibilidad,
es el vacío en que se gesta
mi propio decir.

Yo quién soy.
Sorprendido voy
entre las profundidades,
llevando la sal de mi mar
asimilada
a la esencia de mi lengua.

Y mi boca, callada,
si encontrase palabras
con que abrir los labios,
pero no. Mi decir
parece no ser distinto
al silencio de afuera.

Pero en mí,
en medio de mi mismo,
¿qué hay?

O no hay centro
y todo es fluir, avanzar,
un continuo aprender.

Ajeno me parece a veces
mi propio sueño,
mi fuerza, mi ir,
y atento voy
dejando que todo,
a pesar de mí, sea.

Estoy demás, pues, casi.
Dar de mí, algo,
o a mí mismo, entonces,
qué sentido tendría.
Pero el silencio, mira, el silencio,
cómo nos gesta, cómo nos lleva.

Luz cae sobre mi piel,
o sombras, de noche, de dolor,
me envuelven pacientes.
Y yo, respirando,
vivencio el ámbito donado
atento, silencioso.

Sonrisas van a dar
a mi semblante,
o ausencias
se expresan simplemente,
todo se regala,
cae sobre mis manos abiertas.

O durmiendo, ya soñando,
las imágenes se acomodan
en sus propios lugares,
que mañana, al despertar,
esté más claro el espacio
en que fluyen mis latidos.

El silencio
se expresa
en palabras
que no entiendo,
en gestos
que no leo.

Pero
algún día
tal vez
modulo uno
de sus callados
sonidos.

Ahora
voy
con el flujo
que atraviesa
su serena
presencia.

- página en blanco -

Las Noches

- página en blanco -

I

Se deja penetrar, atrae el espacio,
mantas de volumen abriéndose,
invitándome al adelante transparente,
ven, que temblando mi paso
no pare, no se quede, ingrese
a la reserva sentida,
al entorno de esperanza postergada,
todo el tiempo madurando mi humana posibilidad,
que crezca, que sea capaz,
y viendo entre, tiritando, no importa,
y conozca en el aire el sufrimiento atrasado,
con mi presencia dé validez a hora y lugar, por fin,
a la verdad frustrada.

Y ésta, casi avergonzada, se exprese ahora,
diga de a poco su pena quebrada, trunca, podada,
junte voz e imagen en mi oído atento
y yo escuche, aguantando,
su entrecortado relato.

Pero en la suavidad de su timidez
yo no me pierda,
acostumbrado que estoy a lo otro,
no traduzca una vez
y me quede con lo oído, con la imagen etérea,
a ver si entiendo
el agua derramada sobre mis manos.

Darme cuenta entonces
que no reclama por un daño, ese hecho,
que no recuerda, quiere no hacerlo,
sino ahora ser, bien desde sí, bien en su modo,

ingenua -
claramente pronunciando sus labios
el íntimo aliento: soy.

Más espacio se abre, más, que siga,
así mis hombros aún no se repongan,
esté mi vista pegada en el recién
y crea yo no poder: ven.

Es casi toda una vida que quiere decirse,
que se alegra de contarme
su pena silenciosa, sus acumulados inicios,
entregándose devota a mi percepción
y yo comparta el ritmo de sus palabras,
el salino sabor de su melodía,
sereno acepte su existencia expresada.

Más tarde, avanzada la noche,
tambaleando mi camino de vuelta,
mudo,
sentiré que me acompañan
las constelaciones queridas
hacia el ámbito de mi proveniencia.

II

Noche
es la verdad del universo -

Nos asusta.
Queremos ir protegidos de lugar en lugar,
sabernos a salvo en la presencia del otro,
y cuidadosamente laboramos, construimos mundos,
nos abnegamos decididamente,
que nada le falte.

esta oscura transparencia
en que se conciben los inicios infinitos
que después, a veces, se nos muestran
a la luz de los sentidos -

Es mas fácil creer en lo visible,
esto tangible que se deja cambiar,
que se deja sumar, restar,
es mas fácil moverse, correr agitados,
y extenuados después dormir
el sueño regalado.

profundidad de distancia y libertad
en que las fuerzas van obedientes
jugando vida y muerte -

Y si dibujamos nuestra existencia
en cubos, triángulos, en escaleras cortadas,
qué va, estos pedazos, estas partes,
si son lo nuestro,
son las realidades que vivimos de día
o hacia la noche iluminada,

son las imágenes que logramos rescatar
del torrente desconocido,
son lo nuestro, desesperadamente.

metabolismo incesante -

Ahora
que nos liberamos por fin de paciencias y magias,
y vamos por el mundo
orgullosos de las habilidades nuestras,
estas irrefrenables, estas conquistadoras.

agua apenas discernible -

Pues
¿no es que seamos acaso
el lugar entre derrota y victoria,
la flecha que decide su sentido
y vuela de lo malo a lo bueno?

silencio de sabiduría -

Unidos
alegrémonos entonces
y triunfemos sobre el tiempo presente.

soledad
en que se gesta lo tenue, lo sagrado,
la intimidad de todo cariño.

III

No hay luna, no hay estrellas,
negro esta el entorno,
apenas intuyo sendero y arbusto.

Se nos quiebra en pedazos la existencia,
en trozos cortados y rotos se nos va
la preciosa, la fluyente,
qué hacemos pues
que el viento es guijarro,
un beso astringencia,
y en la risa de un vecino
se nos triza de nuevo
toda esperanza.

Cuidadosamente adelanto mis pies,
llevo un brazo alzado y mi piel despierta,
suave, lentamente penetro en la oscuridad.

Alcanzamos meta tras meta,
perseverantes y esforzados
realizamos logros increíbles,
pero algo se deshace,
algo, mientras hacemos, ya no está,
se sustrajo del paisaje en que vivimos.

Reconociendo el lugar donde crece el nogal
me siento en el suelo,
relajado cruzo mis piernas.

Comida y amor consuelen entonces
esta visión desprotegida,
en sorbos fuertes

se ahogue angustia y cansancio,
o el sueño nos libere de lo ido.

Respiro el aire que me circunda,
lo siento en cuerpo, manos y cara,
y adentro como cálido ritmo
de más y menos.

Nos resignamos, qué va.

Alguna oscuridad dentro de mí
se agranda, y afuera,
identificándose con la otra,
con la inmensurable, se despliega.

IV

Estamos de tal modo dispuestos
que buscamos lo fijo.
Como si hubiese algo
- entre las estrellas -
que lo fuese.
Pero el ir de las cosas,
el ir maravilloso,
claro, cuán difícil.

Así ahora viendo esta oscura concavidad,
esta profundidad
que tolera el traspaso de mi vista humana,
este volumen de casi nada,
siento la tenue densidad
en que todo se mueve, se transforma,
en la que todo es posible otra vez,
posible de nuevo, incesantemente.

Tal vez no somos capaces.
Nos atrae, sí, pero
caemos de vuelta, antes que nada,
asustados, siempre a este lado
y nunca experimentados.

Pero porque todo nos ha sido difícil,
cada paso a que nos forzó la existencia,
toda mirada a los ojos,
toda libertad que nos nació de pérdida y desolación,
porque estamos movidos aún de la última vez,
de silencio y soledad, de sorpresa y quiebre,
porque somos casi más blandos
que todo lo que nos ocurre,

porque vamos excedidos de vida
entre noche y noche,
porque antes, antes que todo, ya
estuvimos llenos de pena,
ahora no, no más,
queremos ahora un poco
sentirnos a salvo.

De error en error,
el cuento ese.

Cómo entonces.
Quién nos entusiasma,
quién hace para nosotros habitable
el lugar mutante,
el tiempo sin referencia,
quién así nos vacía de cada historia
que adelante ahora
se nos abra momento y flujo
y sean vivenciables las relaciones
de noche y distancia,
de profundidad y cambio.

V

La mitad de todo - de todo - se deja ver
desde este lugar nocturno,
desde esta cara silenciosa,
desde estos ojos receptivos,
se deja ver, que ahora otra vez
se complete juego y contra-juego,
sea verdad unida la piedra y el aliento,
la distancia y el querer.

Pero la tierra,
así aquí en medio del universo increíble,
la tierra, apenas escondiendo la otra,
la clara, enceguecida, la otra mitad,
la tierra,
la tierra en el centro de todo -

y más,

yo, viendo, percibiendo,
quién soy,
qué es esto que soy yo,
qué,
en medio del momento que vivo.
No sabemos.

Pero desde nosotros mismos,
este flujo dadivoso que ahí se abre
hacia la noche abierta arriba
y se regala feliz -
claro, qué lleno de gracia.

Somos así.

Y tú, tú también, ven
y muestra lo tuyo, el flujo que eres.
Tal vez nos necesite la noche,
tal vez su tiempo no vale cuando faltamos,
cuando este dar de nosotros no madura
hacia ella, hacia la lejana, la grande,
tal vez recién entonces lleguen a ser ciertas
sus lejanas distancias,
cuando la miramos,
sus profundidades oscuras,
cuando le sonreímos humanamente.

VI

La noche es la realidad enfrentable,
el momento disminuido de violencia, de opresión,
es el lugar de correspondencia y validez.

De día somos distintos, sometidos como vamos
a las leyes nuestras, a la lucha generalizada,
locos, violentos, o violentos a escondidas,
unos pillos de la vida,
que así, entre culpas y pagos,
envejecemos enajenados.

Pues quién para a mitad de mañana
y se deshace de todo,
quién mira, aprende, acciona, es
- ingenuamente -
quién es capaz, quién es tanto más
que todos nosotros.
Tarde miran los ojos
hacia la distancia infinita,
los caminos entre estrellas,
la profundidad transparente.

Se ahoga el alma. Llora, solloza,
se devuelve y titubea insegura.

Quizás, sin embargo, es posible.
Madura el tiempo osadías,
paciencias, tolerancias serenas,
que enfrentemos tal vez
la verdad preciosa allá arriba,
miradas que sepan por fin
piel y noche íntimamente.

VII

Queremos dar,
dar de lo nuestro,
pero siempre nos sobrepasa.

Avanza la tarde,
la luz en el cielo es clara y tranquila,
el alma se despierta.

Expresar lo vivido, lo recordado, lo soñado,
imágenes, sustos, sorpresas, felicidades del corazón,
decir esto otro nuestro tan nuestro.

Té para los labios, té para verlo,
y una mano sobre las propias,
dulcemente, anocheciendo.

Vaciarnos, darlo todo y comenzar de nuevo,
iniciar cada momento, cada gesto,
desde bien el principio,
que nada, nada, nada
de todo esto precioso que nos acontece
se pierda derramado por encima de nosotros.

Oscura profundidad
en que claramente se percibe y se hace
- estrellas, ojos -
admirado, amante, sin palabras.

Nos vence, nos lleva,
una vez, otra vez, nos sobrepasa.
Tambaleamos mareados,
embriagados de toda la riqueza,

agraciados con este vivir indecible,
seguimos la hora, atrasados ya, perdiéndonos,
siguiéndole apurados, perdiéndola,
o adelantados.

Todo es uno,
la noche alta, el universo, el agua,
brisa y brazos, sonrisa y silencio,
todo somos uno, pulsando, pulsando.

Lo intentamos.
Que en nosotros, algún día, más capaces, más libres,
se alegre mas convencida la tierra osada.

VIII

Lentamente
me viene el cansancio,
sube por la espalda,
acaricia garganta, orejas,
me ablanda la vista.

La noche está alta de transparencia y lejanía,
valle y cerros respiran el paisaje sideral,
lo reciben y lo devuelven
como rito sagrado.

Quiero descansar,
entregarme feliz al momento oscuro,
dejarme llevar, dejarme posar
en la salud de esto propio desconocido.

Hasta aquí llega
el quehacer incesante del universo,
la piel percibe la noticia copiosa,
la información sobrante del metabolismo lejano.

Más sabiamente
se siga haciendo lo mío ahora que dormiré,
ahora que mi voluntad ya no forcejeará más,
ahora que vivir le sera más fácil.

A esta inmensidad ilimitada entonces
se confía mi corazón,
a ella se da complacido,
y su ritmo relajado luego me hablará
de paz, de sabiduría,
y de una madurez oscura y transparente.

IX

Se nos van, las noches,
se nos van de la vista, de la piel, del alma,
queremos ser para siempre quien mira, ama, es amado -
pero no, nos asusta, nos volvemos,
si ya fue hartado, de a poco -
y de a poco cada vez menos, nombres valgan, números,
nos alejamos de la vista grandiosa,
miramos distinto hacia arriba,
yéndonos, yéndonos ya,
que no nos sorprenda otra vez la profundidad nocturna,
no nos arranque de costumbre y referencia,
del hogar protegido,
de este lugar en que vivimos laboriosos.

Cuidamos la desnudez, por cierto,
la cubrimos de cosas y palabras,
la de la piel, la del alma, la nuestra, la propia,
siempre anteponiendo vamos por la vida.

Pero de niños, pero amantes, claro, aún,
las imágenes sentidas, congruentes, unidas,
doblándonos en admiración, ablandándonos,
experiencias sin embargo,
así ya sólo un poco de tiempo,
las bellas, las terrenales,
las noches de la vida, preciosas, ahí.

X

Estar entonces parado así mirándote de frente
sin palabras en los labios,
sin nada que tomar en mis manos adultas,
mirándote a la mitad de tu centro profundo,
sin nada, como para siempre, sin nada,
el corazón palpitando fuertes golpes humanos
en mi conciencia despierta,
mirando una vez entonces
esta tu presencia de carácter femenino
ampliamente desplegada frente a mi vida,
mirando el flujo de noticia
yendo y viniendo entre ti y mí,
mirando, mirando,
simple, veraz, como la postura de mis pies,
sosteniendo la vista
hacia la intimidad de tu cóncava verdad,
erecto, callado,
y tú, universo nocturno,
aceptándome en la validez de tu hora.

XI

A quiénes aún vale el ir por la vida
tocando y cambiando cosas, gente, frutos,
involucrados, entretenidos,
quiénes, quiénes no saben aún lo nuestro.

Que son de nosotros, las noches, son nuestras,
las mirables, las profundas, las admirables,
que podemos ingresarlas aquí al medio del pecho
y sentirlas, soñarlas,
transformarlas en propios silencios,
propios espacios del alma,
que no por desgracia estamos despiertos
o para derroche de voces afinadas,
que somos mutuos, noche y nosotros,
mutuos las veces que quieras.

Corren, miden, trocan,
van felices casi de tarea en tarea,
como bien educados
muestran sus sonrisas cuando les miras,
cuidan, consuelan, cargan,
de minuto en minuto encuentran su tiempo
tapizado,
ese su tiempo tapizable.

Las bellezas a la vista, a la piel,
los silencios al oído receptivo,
los momentos nocturnos
son aquí en medio vivenciables profundamente,
¡por suerte!, ¡por suerte!,
toda la vida aquí es vivible
abierta, desplegadoamente.

Quieren pasar de largo,
apurados, los pobres, asustados.

Riquezas del alma
emergiendo a la superficie nocturna
expresándose en silencios serenos,
en dichas humanas,
siendo,
siendo de cara a las estrellas,
como contra-juego a ellas,
a las distantes, a las preciosas,
que no olvides nada.

XII

Salgo al aire afuera, a la noche iluminada de luna,
y desde un promontorio veo
por encima del prado, de arbustos y árboles,
hacia el valle, hacia los cerros majestuosos.

Vibra el ambiente con un concierto de grillos,
el tiempo fluye en cascadas de validez,
en corrientes de plenitud,
grande está el cielo hacia lo alto.

Reconocerme pues
en este ámbito activo, en este río de vida,
como va todo sin adelantarse,
sino como desde atrás, como urgido, presionado,
de necesidad en necesidad, desplegándose,
que yo perciba una vez más la imagen genuina,
la imagen entera, abierta que está
a las direcciones que conozco,
al universo, al momento, al alma,
ahora, ahora, en esta noche de verano -

reconocerme pues
como parte del quehacer,
como parte de este ir maravilloso,
pero más, más humanamente,
como parte y como contra-parte,
como sido y como viendo,
apenas iniciado ya expresado -

reconocerme
en la plenitud del paisaje,
que lo que aún no sé ahora lo aprenda,

ahora me abra ingenuo
y deje ser en mí lo que más es -

reconocerme
en esta vista,
en esta vista útil que avanza
callada y madura en medio de sí -
que felicidad más profunda.

XIII

Bajo la luz del sol
van los hábiles mostrando sus trucos,
sus ingeniosas relaciones de nadas brillantes,
van hacia el poder, hacia la gloria,
admirados, envidiados, combatidos,
van triunfantes, felices, ácido en el corazón.

Bajo la luz del sol
no hay mucho donde estar,
donde ir desprotegido, confiado,
fácil de paso, despierto al entorno,
disgusta ver tanta violencia
tergiversar el flujo del tiempo.

Pero
en la transparencia de las oscuridades nocturnas
se nos permite iniciar
el difícil camino hacia lo total,
el apenas indicado sentido
que, hacia piel y estrellas, nos enseña el verdadero,
el contrastado, desde nosotros.

XIV

Qué quieres,
es la esperanza.
Olas de cariño, olas de acción
en contra de la roca, en contra de lo difícil,
subiendo la marea, bajando, llueva o no,
estaciones de la vida, somos así,
miramos las estrellas en silencio.
Y lo ahí abierto hacia lo alto
es sólo lo fácil, lo visible,
que aquí lo real se nos confunde, adentro,
se nos evade o nos toma más fuerte de lo que somos,
embriagándonos, ahogándonos, nos arrastra.

Miramos hacia los huecos,
hacia los espacios profundos,
hacia cambio y giro,
hacia las verdades del corazón,
miradas calladas en medio de la noche.

Queremos ser. Vivir. No perder nada.
Ingenuos y honrados nos paramos aquí,
relajados, confiándonos
al ir oscuro de esta tierra cubierta de gracia.
Nos abrimos a sus noches, al espacio cóncavo,
percibiendo, percibiendo,
recibiendo la noticia del cosmos
sobre la frente, los brazos,
sobre el pecho maravillado,
el exceso de energía que nos cuenta de allá.

Y recibiendo desde adentro. Claro.
Llorando o sonrientes, da igual, la otra verdad,

tenuemente percibida
sobre la otra cara de la piel.

Siempre más.

Más abiertos, más sensibles, queremos todo,
ser mas osados,
participar más conscientes en más ámbitos,
esta esperanza, este viento que nos viene moviendo
desde lejos en nuestra historia,
desde lejos viene formando las olas que somos,
el flujo que nos tira noche a noche
en contra de las rocas,
todas nuestras vidas en contra de la verdad,
incesantemente en contra del sentir.

XV

Son tantos los grillos que al caminar por el prado
siento que dejo tras mí una huella de silencio.

Gritan, llaman,
el aire sube con su insistente cantar,
asciende desde el pasto, se eleva vibrante.

Y en este aire me sumerjo.

Huele a trigo, a verano,
el suelo esta tibio aún del día ido.
Me siento, me acuesto de espalda,
pastos hay, sus flores, sus frutos maduros,
más altos que mi cara,
juegan ligeros con la brisa.

Siento mis piernas pesadas y abiertas
sobre la manta de pasto,
la espalda y la cabeza botadas,
los brazos abrazando
toda la amplia realidad ahí enfrente.
La luna está casi centrada en el cielo,
brilla fuerte en su distancia,
inunda de luz el valle,
ilumina los contornos de cerros, de árboles.

Me dejo vivir.

En lento giro va cambiando la hora.
La soledad imprime su marca
sobre el ámbito precioso.

XVI

Es el lugar donde todo se transforma,
envuelto como va en el gran flujo universal.
Donde cada posibilidad tiene un giro para sí,
un avance, un tiempo para ser realidad,
para expresar su verdad enteramente.

Es así la gran noche, abierta, abierta,
que a nada le falte quien le escuche.
En ella todo momento es límite,
el extremo desde donde se cobija la libertad,
esta gracia de elegir, de ser.

No así nosotros,
aterrados que enfrentamos mutación y cambio.
Construimos fuertes, sótanos,
eliminamos las sorpresas, queremos durar.
Y donde antes se desplegaban los inicios
de la libertad humana, de la libertad nuestra,
ahora se yerguen pared y techo según norma y ley.

Qué estamos haciendo, noche preciosa,
qué estamos haciendo con nosotros, contigo,
perdiendo lo más vivo, lo más sagrado,
qué, el ir indecible, torrentes,
cascadas de maduración, limpiezas y energías,
giros, silencios, la amplitud, pero más,
la conciencia al trascender a lo real,
maravillas incontables,
qué nos dio por así perder lo más nuestro,
noche preciosa,
qué miedo, qué pequeñez -
ante ti, ante nosotros, qué error más grande.

Te miro largos momentos.
No puedo dejar de sentirte como lo otro,
como lo que no soy, como lo femenino,
amplia y profunda delante de mi existencia,
bella de constelación en constelación,
- estas las tan queridas -
bella, bella tú, preciosa,
amándote como me tienes,
amándote silenciosamente.

XVII

Me tienes ligado a ti, noche estrellada,
a tu historia derramada sobre mi presencia
como lluvia sobre el valle,
historia dicha sobre mis brazos
en constancia y amplitud,
a mis oídos entregada
con el tono veraz de tu seria esencia -

unido me tienes a ti, a tu espacio oscuro,
a la lejanía que desde aquí yo comparto,
a tus volúmenes transparentes,
a tu maduración incesante -

tuyo voy por los caminos de la tierra
llevándote como hogar, como tarea,
como el centro de mi quehacer -

tuyo respirando aire tras aire, luz tras luz,
toda mi humana convicción dispuesta ahí
a tu juego, noche preciosa, día a día,
a tu ritmo, pulso a pulso, ganada
a la elegancia de tus distancias siderales -

tuyo, noche, aprendiendo de nuevo y de nuevo:
que aquí, detrás de las cejas,
en abdomen y pecho, aquí,
vibren acordes tus energías remotas,
vibren felices,
y tu verdad sin palabras se diga
en esto que yo soy
confiadamente.

XVIII

Tu sinfonía

abarca en todas las frecuencias las funciones vitales,
génesis y muerte ligadas en desnudez y fuerza,
atracción y libertad
trocándose de gracia en gracia, de servicio en servicio,
crecimiento y madurez brillando en bellezas indecibles,
fin y comienzo irrumpiendo otra vez en el devenir,
que nada nunca deje de vibrar, de llevar tu sonido
en la más íntima intimidad de sí mismo, noche tenaz,
polifonía de todos los ritmos, de todos los tonos,
tema maravilloso en todo el espacio y el tiempo -
noche por encima de valle y cerro, ahora
frente a mi cara de animal que siente y piensa,
animal que te quiere: como no fallar frente a ti.

Porque esto sabemos. Nos creemos importantes.
Damos vuelta las cosas, que sean para nosotros.
Queremos esto, aquello. Siempre queremos.
Y en lo que va suelto, claro,
vamos perdiendo lo más,
lo que nos habla de ti, de tu canto cósmico.

Entonces ya nada.

Me lleven mis pasos a lugares abiertos,
a un espacio que te deje llegar,
y yo vea por encima de lo nuestro una vez más
tu grandiosa concavidad arriba de mi vida,
la oscura transparencia en que te muestras -
y te deje decirme todo lo tuyo.

XIX

Como si fuesen dos las noches que uno percibe,
afuera una, majestuosa, llena de historia,
de metabolismos inmensurables, súbitos, catastróficos,
o sutiles inimaginablemente -
pero adentro no menos, no menos noche,
otra, oscura, transitable,
con sus inicios jugados graciosa y libremente,
o sus iras fatales desolando toda verdad.

Dos los volúmenes a que vamos limitando,
dos cuentos a que tenemos acceso.
Dos orquestas hay tocando nuestras vidas,
pero nosotros, cómo vamos, dónde estamos,
los disonantes.

Sino soltásemos el creernos algo, y viésemos,
viésemos quiénes somos (de quiénes, de quiénes),
quiénes podemos ser, transparentes, universales,
vibrando al unísono
las energías armoniosas de ambos mundos,
limpios infinitamente,
el tiempo y el espacio doblándolos
hacia la maduración única -
aquí, aquí en la tierra, nocturnamente.

XX

Estamos en medio.

Pero cómo estar si en medio aquí
todo lo hacemos guerra.
Entonces ¿ya no somos?
Entonces ¿ya las noches no nos señalan,
no dicen nuestro nombre como vía, como inicio,
como lo propio que ellas propician?
O nuestras verdades ¿qué son sin nosotros?

Entonces todo está muy suelto,
muy lejos acontece cada cosa,
libres parpadean nuestros momentos,
sin llevar, sin fluir.

En medio.
En el lugar de confluencia, de interpenetración,
en el inicio del eco y en su vuelta:
no queremos.

Se pierden las horas, las energías
que apuntaron a nuestras vidas,
desviadas disminuyen la belleza
acumulada hacia nosotros.

Pero los animales.
Quizás anda un rumor por el mundo,
un murmullo de esperanza, una alternativa
para lo que en nosotros desmerece,
quizás está bien así,
y de oscuridad en oscuridad
se entendieron las noches

y emergió la cara de nuestros hermanos,
la de los silenciosos, de los serios,
como la imagen de verdad,
como el futuro que más pronto
habrá de expresarlas a ellas, a las oscuras,
hermanos que ya ahora intentan lo profundo
en sus cuerpos preciosos,
en sus miradas involucradas.

Pero nosotros, aún en medio.

XXI

Es otoño.
La tarde cae sobre los árboles desnudos.
El aire, el frío
llevan la vista al horizonte.

Anda un volumen de vida por ahí
abriéndose espacio,
concentrando el tiempo,
cambiándolo todo,
anda por ahí con ganas de decir
su centro expresable,
su nombre increíble,
con ganas de dar a luz
lo posible, lo nuevo,
anda grávido de más y más,
de juego y contra-juego,
de flujo y voz,
grávido avanza por ahí
y presiona.

Humo.
Un caballo relincha.
La oscuridad se esparce.
Despierto miro hacia arriba,
hacia la noche que viene.

XXII

Llevados, altos, respirando embriagados,
congruencia y simpleza tras asombro y asombro,
movidos, blandos,
estemos a la par con aquella felicidad,
mirando de frente la faz más profunda.

Parece
que no por casualidad limitan nuestros bordes
con la magia, con lo incalculable,
que no por flaqueza nos nace el saber
casi desde la nada.

Yendo con seriedad y trascendencia,
con renuncia y libertad,
íntimamente tomados, sujetos, arraigados
en la frecuencia invisible,
de cambio en cambio,
iniciando de vuelta la clara expresión.

Y percibas, noche, lo tuyo transformado,
dicho de vuelta hacia tus distancias inhumanas,
acceptes el mensaje generado
en ojos serios, en oídos sensibles,
dejes ir a través de tu oscuridad
esta respuesta increíble,
este intento de giro,
esta historia mutada.

Partes distintas del juego,
cada una sirviendo, sirviendo entregadamente,
ensamblando y uniéndose de momento en momento,
soltándose generosas, fluyendo ya casi,

fluyendo de devoción en devoción,
que nosotros, noche, seamos las partes,
tú y nosotros,
y así vayamos aumentando y disminuyendo,
lo tuyo y lo nuestro jugando en círculos
la frecuencia subyacente.

Los Temores

- página en blanco -

Míos son los temores, claro, de niño,
los espantosos, como crecían y crecían,
abarcaban el aire de la pieza,
todo el espacio en que estaba,
y yo ya casi sin aire, espantosos,
nacidos de un objeto, de una luz,
y yo llorando, gritando,
corriendo hacia alguien en la casa -
los temores irrumpiendo
en la paz del juego,
míos, míos, totalmente.

Pero la paz.
No menos, por cierto,
no menos propia, la feliz,
desarrollando su tiempo entretenido,
abriendo el mundo a mi vista interesada,
entrelazando dificultad y destreza
en intentos preciosos.

Eran globos de algo,
de vida, de esencia,
esferas expandiéndose
y yo en medio.

De burbuja en burbuja viví,
y cuando estaban ya muy grandes
me llevaban a la cama
o me bañaban
o me daban la comida.

Esos ámbitos con sabor a verdad,
blandos, temperados, fluyentes.

Gotas resbalando por las mejillas,
penas nocturnas cayendo
sobre la alfombra concho-vino,
Mozart, Schubert, qué habrá sido,
y afuera la lluvia.

O celestes, alegres, las bromas,
sol y pelota,
amarillos y naranjas brillando,
riendo de cara en cara.

A todo esto pertenecí
despierto, entregado, llano,
avanzando, yendo, cambiante
según el flujo del corazón
hacia su cauce
en realidad, sueño, casualidad -
pertenecí por entero, claro,
sin razones.

Cantaba.

Pero no me dejaron. Hablaron.
Cubiertos de palabras infinitas
quedaron mi voz infantil, mis melodías,
mi ánimo despreocupado.
Zarandeado el corazón, tergiversado,
enmudecí.
Y más tarde, el resto,
qué vergüenza.

Entonces retraído, cuidadoso.
Entonces ya dudando.
Entonces ya no más, un día.

Pinos. Cerros.
El cielo azul de la tarde.
Noches de lluvia y viento.
O un perro, tal vez me acompaña
y nos hacemos amigos.
Las horas de silencio,
los juegos bien lejos de bulla,
de burla y depredación,
las horas solitarias.
La vida nueva, la vida distinta.

Pero -
¿qué fue lo perdido?

Infancia separada, paralela,
y más tarde, la adolescencia,
con no menos empeño,
tensado en lo propio,
pero en esto otro, mucho más.

Cariños que no fueron,
o tardes de paz, de apoyo o descanso,
felicidad anunciada pero no, no de nuevo,
nunca gozada.

Contentamiento, ¿que fue de ti?
Seguridad de ser, de vivir,
cordura, armonía, qué fue de todo esto
en los años esos, en los años pobres.

Sino en contra de mí, la luz alegre,
a pesar de mí, así fue lo bello entonces,
de a momentos, y las sorpresas,
los cantos de la confianza,
casi escondibles fueron, claro -
como cruzada en el camino estuvo mi verdad,
molestando.

Ahora es distinto.
Ahora sé la distancia, los declives,
las señas del aire.

Pero adentro, lo serio.

Pero afuera, la guerra.

Ven,
vamos *juntos* perdiendo,
sabiéndolo, sintiendo hermanados,
que al menos esto no perdamos
de entre todo lo que perdemos.
Y la desnudez se repita,
sea doble la de adentro
y la podamos ver ahora desde afuera,
en ti, en mí.

¿Supiste callar?
Callar de veras,
- en el oír hay tanto que uno dice -
de veras con el corazón temblando,
si es posible, un poco más, más aún,
y no saber ya si más es posible.

Así cruzar los espacios, los límites,
las últimas vistas de todo lo visto,
hacia lo nuevo, hacia lo oscuro,
sin intuir,
desconfiando ya de la confianza,
callando, callando seguir,
callando ir hacia sorpresa o fin.

Pues cómo no habría de ser seria la vida,
seria y sin prisa, constante,
siempre de nuevo intentando
el flujo de fondo.

¿Supiste sufrir?

Con los ojos enlagramados aún
comparar salud y desgracia,

la dirección que llevan
nuestras cosas, nuestras gentes,
llorados aún ver deshacerse
entre las ruinas de un mundo enajenado
alguna humana ternura,
la calidez de un cariño muy íntimo
y mostrado.

O haber sabido que tanto es error.

¿Supiste saber?

Los perdedores que somos nosotros,
juntos, vamos más juntos
cruzando el ámbito desprotegido.

Y valga un resto de algo propio
que tal vez fue verdad,
un tiempo compartido, un sentir de a dos,
valga la ilusión
que lo serio es vivenciable,
vivenciable en el corazón zarandeado,
vivenciable aquí en medio de la ciudad
destruida.

Y no sea fatalidad la pobreza,
una vez no corroa las entrañas,
no más, ahora, casi de la mano
nos vea compartiendo un recuerdo de pan,
un recuerdo,
y nos miremos a la cara nosotros,
a la cara mirándonos iniciemos lo otro,
sonrientes casi ya, sorprendidos.

Finalmente pues tal vez
no es solo que se encuentra
el lugar inocente,
el lugar donde nacen gemelos
dolor y dicha,
el lugar donde ganancia y pérdida,
en sus inhumanas exuberancias,
son iguales
bajo la luz del cielo.

Invierno es en el alma,
la lluvia se pegó al paisaje
y los días vuelven iguales uno al otro.

Noche y luz alternan como frío y pena.
Inhóspita está la tierra
y en las horas frenadas se consume
el empuje de la fuerza de fondo.

Invierno conquistó la ciudad depredada,
agua cae sobre las ruinas,
sobre recuerdos y costumbres,
dónde hay frutas, huevos, flores,
pero ratones se escurren bajo las piedras,
se protegen silenciosos
de la inclemencia estacional,
y su gris fugaz se repite eterno
en el tedio de las tardes
interminables.

Mira, ahí, un homínido, ágil,
asustado, agachado, corriendo, volviendo,
busca o huye, sombra sagaz -
y ya no está.
Pero la luz de sus ojos,
pero la oscura mirada de miedo,
pero las grandes orbitas
hechas del sobrevivir:
como los ratones, así iba,
corriendo sigiloso
por encima de lo nuestro destruido.

Llueve. El cielo está pesado de agua.
Cubriendo algunas piedras hay pastos,

pastos verdes que crecen por ahí,
pastos bien verdes -
en realidad.

Temblores sacudieron mi infancia,
temblores hubo más tarde,
y de adulto, claro,
cuántos sacudieron
los fundamentos del vivir.

Árboles tiritando
bajo el aire enrarecido,
pájaros asustados
sobrevolando la tierra de ruido,
y uno ahí, temeroso,
inmerso en lo grande,
temblando también.

O de niño, la lluvia,
afuera cayendo en horas tangibles,
y así adentro, alfombra y juguetes,
la pieza entera existiendo
en colores oscuros y llenos de fuerza.

Auto y tren, árbol, puente,
los botes repletos de todo,
de dirección y sentido,
de razones poderosas,
mi mano moviéndolos hacia orilla y trueque,
hacia verdad y verdad
y mucho más.

Mi mano siguiendo
el dibujo de la lana trenzada,
y mi vista también, yendo en senderos
de mantas, pared y madera,
de cosa en cosa y cortinas blancas
hacia afuera, hacia las gotas,
hacia el ritmo disparejo, persistente,
del agua invernal.

Tardes intensas del quehacer continuo,
alma, nube, mano y juguete,
todo mezclándose, todo abriéndose,
un ir y fluir constante y veraz.

Y de noche, más tarde,
ya en cama y sin luz, despierto,
escuchando la lluvia.

Iban como pavos reales
mostrando sus flaquezas y errores,
sus angustiados cariños,
que uno entienda ya, admirado, conmovido,
esta su gracia regalada.

Desayunos y viajes, escuela, noticias,
los lazos que unen familia y vida,
catálogos renovados de todo lo contado.

Pero mis manitos supieron raspar
en ladera y tierra
una huella sin embargo,
un camino para camiones y autos,
hicieron ríos, lagunas,
puentes preciosos
que unían aquí con allá,
supieron, claro,
sin embargo gozaron esbozando y armando,
sin embargo, pues,
esas manos de niño
antaño.

Deja que florezcan las rosas del jardín,
deja que en el aire entibiado de la tarde
se sostenga su aroma elegante.

Persista su presencia en la noche
y en la piel se repitan transparentes
como paz y ternura y saber.

Deja que de cariño florezcan también tus manos
y en el contorno de la niña amiga
ellas dibujen devotas su imagen querida.

Mirabas la cortina,
sus pliegues redondos
cayendo en rectas blancas
por delante de la ventana inmóvil,
ibas de más en menos a más,
según el doblez avanzaba hacia el lado,
el camino sinuoso, maternal.

Pasado el vidrio
y hacia afuera
estaban las margaritas radiantes,
las copas emergentes de los pinos
que crecían en la ladera,
y más allá, abajo,
las casas y los jardines,
el río ancho y tranquilo,
como hecho de pura verdad,
yendo hacia el mar,
y arriba, azul, el cielo.

No querías jugar.
Desordenados quedaron lápiz y goma,
el tren, los autos.
Por tu mirada solitaria
cruzaba un aire adulto,
aire que en las horas venideras
se tomaría la tarde.

¿De qué estaban hechas las cosas?
¿Las agujas de los pinos, su resina,
la greda, el cascajo, la lluvia,
y abajo del camino, peligrosamente,
las moras negras y dulces?

Andando en monopatín,
¿de qué era el equilibrio,
el impulso de la bajada en curva,
o dejándolo, el volver a andar solo?
¿Qué había en los columpios preciosos?

Esa, tu mirada grande, siguió de largo,
(o a veces la recogió tu hermano).
Anduviste solitario entre la gente,
entre los sustos de su mundo quebrado, -
y florecía de a poco tu sonrisa,
pero no frente a quienes hubiese valido.

Eran niños también - pero no.
No jugaban sus juegos al jugar,
sino vueltos en contra querían dominar.
Eran niños sin gracia
así como iban guerreando,
disputándose algo que no era del juego.
Libres - claro, libres no sabían ser.

Pero a veces les tomaba el entusiasmo
y hacíamos equipo, unos junto a otros,
y todos ganábamos la hora jugada:
vibrando aún de nuestros gritos
quedaba la noche,
y en la almohada oscura corría incesante
una pelota feliz.

Ruinas, agua y viento: hacia dónde, si no.
Pegaban y pegoteaban, se esmeraban,
y uno mismo, sabiendo, también pegando,
trozos y partes, esquirilas infinitas,
uniendo, dando lo mejor,
aguantando destrucción y fin.

Ahora entonces, sobreviviendo: ¿fue suerte?
Y antes también, ¿no fue suerte
el vivir en contra de todo terror,
de las rigideces incontables, letras y horas,
ideas de lo útil, números, historias,
cuentos corroborando manantiales de miedo,
¿no fue suerte el sobrevivir
a la maldad hecha bien,
al truco macabro de su trastocada inseguridad?
Adultos engañados, adultos engañadores,
y niños obcecados, envenenados de astucia -
confabulados todos para que nada se abra,
y uno mismo, generoso,
a sabiendas colaborando:
vivo yo ¿con qué derecho?

El frío en mi espalda mojada
me cubre como túnica bendita,
y mi vista, saliendo de mí,
yendo hacia afuera,
más allá de esta pobreza,
del tiritar y de lo incierto,
se posa sobre ruinas y pastos
como lo hace la lluvia, suavemente,
como limpieza, quiere parecerme,
como inicio y paciencia.

A pesar de nosotros, la vida,
como marea por encima de las piedras,
ella, a pesar de todos nosotros,
de quienes unidos a ella podríamos ser
ola, viento, noche y estrella,
luz y constancia, giro, gracia y riqueza,
a pesar de quienes vamos y depredamos,
soberbios en el poner y en el quitar -
ella, ella va subiendo y bajando
en ritmos distantes y grandes,
va inundando y aireando, viniendo y yendo,
sabiendo lo suyo en silencio -
en silencio, sí, pero hacia afuera cantando,
a pesar de nosotros en nosotros cantando,
en animales y piedras, en árbol y sombra,
las canciones de su emoción poderosa.

Te inundaron, niño, tu sentir,
con las cosas siempre urgentes
te violaron tus espacios, tus esperas,
con sus caras inocentes
te increparon tus reclamos,
te dieron vuelta, te invalidaron,
porque, claro, era lento para ellos
lo que tú querías querer.

Entonces solo otra vez de nuevo,
solo todo aquello compartible,
eso de todos para todos siempre solo
en la mirada, en el andar,
que no frenen ya tu suave ir,
tu fácil flujo por las horas,
tu liviano acontecer.

Temor o llanto, pérdida tras pérdida,
en contra fuiste creciendo,
madurando tus años hacia grande,
resbalando, tropezando,
ejercitando el paso erecto
como pocos junto a ti.

No menos, por cierto, pero distinto.
En ellos fue visible, claro,
cuando alguno vencía,
uno de entre ellos a ellos,
de triunfo en triunfo pisoteando,
alto y ágil, aclamado,
vitoreado por los vencidos,
su retorno del esfuerzo.

Mas ya desde antes
te agobiaba tanto tedio.

Pero las olas, las gaviotas,
un día de playa solamente,
uno ya en la vista, en la piel,
cuan difícil no perderlo,
cuan difícil siempre más,
más abierto, más profundo, sin querer.

Tus manos se aprietan al pecho,
pesado yace tu cuerpo,
pesada se apoya la cabeza,
el sueño te vence de a poco,
te sumerge en su blanda quietud.
Oscura está la pieza, silenciosa,
sólo tú vas ahí con tu suelto respirar,
ido, ido,
aislado de temores, de crueldades,
protegido por la confianza del dormir,
confianza que envuelve tu vida
como manta maravillosa.

Cual animales maltratados, hambrientos,
lentos de llagas inútiles
en sus pieles deslucidas,
la mirada apenas viendo aún
algo ahí delante de sí,
la fuerza vital
derramada en un ayer ya lejano,
así andaban los grandes
rumiando sus temores,
jurando por sus vidas la verdad del mal,
gastados, opacos,
lentos de odio, apretados,
demarcando con avaricia el espacio
en que podíamos vivir,
nosotros, los que aún crecíamos.

Rompiendo se fueron, rompiendo,
pero también dejándose romper,
envueltos en sus presagios de roturas
se fueron yendo. Las ruinas que dejaron,
las mismas ruinas siguieron el juego
rompiéndose a sí en pedazos.

Pero el homínido aquel, en la lluvia,
de dónde salió.
Dónde está.

Gruta increíble de piedras sueltas,
gruta de destrucción, oscuridad y pobreza,
como es posible, ahí,
ahí tan cerca de todo, ahí tan sin nada,
este hueco de supervivencia,
hondo como debajo de cejas grandes,
extraña protección de lo otro,
de lo inhumano,
de lo que teme y destruye,
guarida en que el temor
se mueve - sigilosamente -
en el sentido distinto,
cobijo de ingenua astucia:

tiritando y mojado,
tal vez con hambre,
cómo dormirá aquí de noche,
soñando, con qué soñando,
sintiendo qué,
sumergido en qué profundidad,
calladamente.

De tu felicidad, niño precoz,
nacieron tus miedos infantiles,
tus soledades hechas de sorpresa,
de renuncia y comienzo,
tu mirada atónita de ella nació,
de la libre alegría
con que corriste hacia la mañana afuera,
la mañana de colores claros,
de nubes blancas y cielos azules,
horas tibias
con aromas de tierra y flores,
la mañana recibíendote,
recibiendo tus pasos ligeros y seguros,
abierta como era en su luz ilimitada:

contraste fue lo otro,
sólo contraste para tu corazón feliz,
contrapeso inhumano a todo esto humano,
a esta marea de vida
que quiso decirse en ti
convencidamente.

Quería todo parecer siempre paisaje,
la lejanía cruzable con vista o andar,
la belleza expuesta por delante, generosa,
que la conozcas bien,
la toques, le tomes el gusto,
este gusto terrenal
que impregnaba la distancia.

Ríos fueron paisaje,
cerros cubiertos de verde,
nubes y niños jugando,
o silencios aumentados al caer la tarde,
pero una niña con su pelo brillante
brillando aún después en fantasía o recuerdo,
una niña: cómo fue paisaje
y tú acercándote, yendo a ella expectante -
y la música, claro, esta vista
y este andar hacia muy dentro
de los tonos profundos, preciosos,
consonancia llena de verdad terrenal:

paisajes,
eran paisajes dispuestos
a tu dispuesto quehacer,
congruencias felices
ensamblando y siendo,
pulsando de ganas.

De entre las niñas esa, la una,
chica y veloz, atenta, alegre,
corriendo entre minutos intensos,
preguntando, tocando, volviendo,
torbellino gracioso cruzando tu vida
en giros impetuosos y altos
o, a veces, seria, insegura,
frenada frente a ti,
que tú la absuelvas.

Pero atrás, como estela,
el decir abría el ángulo de daño
en que las envidias mutaban en consejos
y las costumbres cortaban en trozos
la blanda ternura infantil.

Difícil andar hacia el cariño donado,
difícil camino hacia lo obvio y lo fácil -
pero en ella, en su risa liberada,
de nuevo y de nuevo,
confirmaste la elección ganadora.

Sombra sagaz en la hora vespertina,
rápida secuencia sobre piedras y hoyos,
contorno apenas discernible, fugaz,
yéndose, yéndose - ido ya.
Como recuerdo te cruzas enfrente,
como origen de todo lo que soy,
pero más, claro, como esperanza,
como luz de confianza
después de caída y destrozo,
de todos estos males en que vivimos
destruyendo destruyéndonos.

Eres esperanza preciosa
nacida en la honda noche del alma,
intento insistente
en medio de toda pobreza.

Roedores cruzan tus pasos,
cruzan mi vista,
roedores sobre ruinas y agua,
corriendo tras granos tal vez,
tras hembra o cobijo,
deslizándose
como oraciones de un credo prohibido
por delante de mi cara sin voz.

El sendero arriba para cruzar la línea
hacia el camino ancho que llevaba a casa,
pero no, un pito inmenso te estremece,
un tren se cruza poderoso
con sus ruidos pesados y duros,
carro tras carro te impide seguir,
y tú, envuelto en un grito,
te despiertas agitado y caliente,
el corazón corriendo angustiado
en la pieza delante del tren.
Te dicen, te hablan,
te muestran vaso y presencia,
la luz, la toalla,
pero qué,
al medio aquí, aquí donde estás,
no logran llegar, no saben -
y en la soledad de tu cuerpo afiebrado
te duermes de nuevo,
entregado y nervioso.

Cuán bien lo conociste, el estar en medio,
inerte y acosado, aterrado en medio,
apenas respirando, paralizado, vaciado,
en medio inútil y sin salida,
esperando ya lo peor para bien,
tropezado en medio estuviste desesperado.

Y el tiempo pasó por sobre tu piel
como el bálsamo más ligero
que caricia alguna haya estirado
con manos de mujer cuidadosa
por encima de tu vida,
pasó liviano y te llevó consigo,
hacia el futuro te empujó suavemente,
barquito tú en aguas grandes
que un viento sopla por fin
a orillas queridas.

Y ahora, si preguntase, que dirías.
O mirarías con ojos grandes
esta cara que te observa,
o reirías feliz, a este lado, sabiendo,
la paz en el corazón.

Entre nubes quebradas
se vislumbran trozos de cielo,
la luz del sol
resplandece de tanto en tanto
sobre charcos y piedras mojadas.
En el cambiado clima matinal
salgo a caminar,
salgo a percibir la noticia del futuro,
el presagio de un relato no conocido.

Pero tomando una curva
inclinada hacia el bajo
lo veo:
sentado, raspando madera con mucho ahínco,
y riendo por ojos y boca,
no me ve.
Una carcajada fuerte y clara
me ahuyenta hacia atrás,
me lleva a esconderme,
me sumerge en este secreto
que estalla frente a mí.
Aún brillan en mi vista
sus dientes blancos,
mi pulso aún galopa alocado
por encima de sorpresa y pavor.

¿Qué hacía,
que hacía con sus manos
brutas, sucias, rápidas,
que ligereza iba por su sangre alegre?

Fui al día siguiente al mismo lugar,
cuidadosamente medí mis pasos
hacia el faldeo que baja al río,
al valle abierto bajo el cielo.
No estaba.
Me senté yo hoy entonces
y miré hacia arbustos, prados y cauce.

Paz envolvió mi mirada, mi piel despierta.
Tranquilo y absorto
estuve durante las horas
que pasaron por encima del valle.
Y de pronto, como generosidad,
se dibujó una sonrisa en mi boca,
blanda y entusiasmada
se sostuvo en mi semblante
y de vuelta me acompañó a casa.

Te habías propuesto
unir las dos vertientes,
unir sus agüitas pequeñas
en un solo río.
Puentes irían por encima
y sobre ambos afluyentes,
caminos harían verdad
el transporte de cosas.
Barriste las hojas, las piedras,
cavaste y dejaste ir
del alto cauce al más bajo
el agua cristalina. -
Como presagio de tu vida
iba tu alegría
junto al frescor y la sombra
de los árboles grandes.

Le tiritan los párpados,
voces guturales se le ahogan
en plena garganta.
Las piedras de su gruta se abren, flotan,
se van hacia arriba,
transformándose ascienden
y mutan en ramas,
en arboles altos, frondosos.
Un brazo se mueve -
pero no, ya se queda, no puede.
La guarida es un bosque entreabierto,
maravillado ve frutos, pájaros, lianas.
Quiere gritar. O llora.
Está por asir, por tomar - se estremece.

Entonces abre los ojos
ahí dentro de la gruta de piedras oscuras,
ve en silencio la luz de la noche,
acomoda su espalda y se duerme otra vez.

En el fondo de su mano, parece,
sostiene algo
que sus dedos van cerrando a cuidar.

Cerros dibujaste, álamos, caminos y cercos,
una casa con chimenea y humo -
¡humo!, es humo, humo que parece verdad,
¡sé hacer humo! -
dejaste el lápiz
mirando extrañado tu logro infantil,
tiempos liberados
pasaron por encima del cuaderno,
y tú, siempre mirando,
soñaste con campos, trabajo y ser grande,
pero más, volvías al humo de nuevo,
al volumen verdadero.

Lentamente, muy lentamente
cae llovizna sobre la tierra pesada,
como brisa de arriba, como cariño frío
desde las alturas inalcanzables,
esta agua liviana se acerca al suelo.
El cielo está luminoso en su gris claro,
gris radiante de luz esparcida
entre nubes apenas insinuadas
por arriba de la lluvia,
el tiempo está detenido casi
delante de la vista.

El ritmo de mi corazón pulsa sorprendido
en la atmósfera matinal,
se identifica de a ratos con la llovizna
o late sumergido en la intimidad
de mi alma movida y ágil,
como saliendo afuera o volviendo,
un ritmo inseguro, yendo y viniendo.

Pero también se detiene
- a veces -
el tiempo y queda inmóvil
entre los días que siguen viniendo.

Suma las finezas del alma, súmalas,
suma cascadas transparentes,
agrega elegancias y un bien querer
que de nuevo y de nuevo despierta al hacer,
suma los sacrificios a bellezas inauditas,
a la íntima reservada limpieza del vivir,
suma a la cadencia ingenua
ingenua claridad -

de entre las piceas busca una,
escasa, lenta en el crecer, preciosa,
y vela dar de sí su erecta figura -

juega a la justicia y al perdón,
a la sonrisa de música perfecta,
a la libre medida, al dar generoso,
juega a enseñar y a mostrar,
a convidarlo todo y dar más,
riendo, riendo,
juega los juegos de verdad -

entonces detente
en medio de la amargura,
juega no más picea
y resta hasta cero
el tiempo que iba.

Gerd in memoriam

Te bañaste en el mar adulto de las mentiras,
nadaste en la insolencia de los grandes,
en las olas entretenidas de todo lo comprable,
de todas esas cosas brillantes,
de novedad en novedad fuiste deslizando
tu corazón raptado,
en su espumante orgullo sumergiste tu cabecita
y sorprendido saliste a flote
miles de veces.

Pero tu piel se irritó,
de noche fiebre y susto dijeron no,
tus manitos tiritaron, te convulsionaste,
tu fuerza entera se empinó en contra,
airadamente se rebeló tu suave intimidad.

Entonces nada.
Entonces paz para siempre,
tiempo para alejar todo mal.
Noches de menos calor,
agua feliz en la pequeña vertiente
y las horas tranquilas de soledad.

O una hormiga. Dos hormigas.
Tierra y cascajo. Hojas caídas.
Aromas y aires, nubes transformándose,
y estas ganas de correr
con tus piernas seguras:
tu carita sonriente
y llena de luz.

Lluvia cae sobre la tierra,
luz y frío se depositan
al pie de los árboles,
agua y limpieza
acarician piedra y pasto,
la gran misteriosa bendición del cielo
baja hasta por debajo de todo.

Y el corazón sale afuera a leer,
a aprender de la imagen devota
las señas de su propio destino,
así como lo desconocido de arriba
va a lo ignoto abajo.

Vida es tal vez esta tolerancia
con que se entretejen las direcciones,
la caída transparente sobre lo que crece,
pasto y árbol, sonrisa y cariño,
hacia arriba.

Árboles, claro.

Mira alrededor
los altos árboles del alma:
Beethoven, Schubert -
troncos y ramas de poder,
de angustia y querer,
de tierna caricia
perdida en renunciadas majestuosas,
follaje sensual
jugando en las alturas del cielo
con viento y sol,
o abajo,
raíces fuertes
hacia el fondo inhabitable,
árboles preciosos de nuestro camino,
Lao tsé,
Rilke solitario y único,
sequoia milenaria creciendo hacia el mañana
de nietos lejanísimos,
di de nuevo: sequoia -
que no hay más.

Tierra levantada en fiestas de energía
hacia el aire circundante,
inviernos y veranos incontables hechos altura,
y sus frutos, para nosotros, siempre frescos,
madurando como rito de magia de día en día,
que no nos falten.

Por encima de pasto y piedras,
de ramas caídas,
corre rápido, atento,
los ojos abiertos -
¿hacia dónde?

Es viento,
así como pertenece a bosque y huella,
inocente,
pasando por el ámbito llovido,
de tronco en riachuelo,
ligero, llegando y dejando,
hacia más y más, hacia adelante,
empujado por fuerzas pujantes,
oliendo, escuchando, sintiendo,
seguro sin saber.

Pero también tú, cuando eras niño,
¿no supiste darte ternura y calor
cuando estabas por dormir,
esa dulzura que recorrió la piel
hasta hacerse noche en tu alma?

Pulsos del vivir
se cobijan en pulsos más grandes,
unos en otros
cada vez más amplios,
repetiendo de frecuencia en frecuencia
la limpieza invernal.

Estremece verte
viviendo tu infancia desamparada,
inserta en discordia y escuelas enajenadas,
expuesta a terror y quiebre,
llevando tu inocencia como tesoro delator
en algún bolsillo muy sentido,
tus ganas de querer y ser querido
cara a la luz y a la alegría,
de presionar con fuerza, intensamente,
o de recibir sin fronteras,
abierto de par en par
tu interés incesante, insaciable,
por árbol, tierra y animal,
tu obstinada perseverancia
por levantar lo arruinado,
por enderezar de nuevo
lo que otros pisaban para siempre,
tus cosas adultas
entremezcladas con juguete y temor -
cómo, cómo, cómo.

Aprovechando su ausencia
entré en su guarida
y me estuve sentado
mirando hacia afuera la lluvia.

Su espacio es estrecho y poco cuidado,
nada dice que aquí pernocta,
que aquí se protege
de cuanto hace mal,
nada hay que sea pertenencia,
un objeto o talismán,
sólo apenas un olor
distinto a mi.

Brisas y humedad
pasan con las horas de la tarde,
la luz se desvanece de a poco
y así la soledad,
pero me voy -
sintiendo en el fondo de mí
las fuerzas de un flujo poderoso
que hace y muestra.

El cielo inseguro
por encima de tu cabeza descubierta,
el mundo adulto
mil veces quebrado allí arriba,
las cosas importantes
chocando irrevocablemente de voz en voz:

en tu amiguita verlo repetido,
sentir su sentir en medio del patio,
empatía en la garganta
y calor en las manos pequeñas,
su faldita corta apenas cubriendo
sus piernas tímidas,
el pelo desordenado en torno
a su cara de silencio y sorpresa -
saberla tan igual.

De intento y empeño
fue hecho tu camino hacia grande,
de caudales bondadosos
cruzando los paisajes disfrazados para niños,
de esforzados esmeros por lograr
lo que ellos arriba solamente mentían:

en ella oírlo vibrar acorde
escuchando la resonancia infantil
- como te movió, como remeció tu vida -
en ella percibir
el lento crecer entre burla y temor,
la libre exposición
hacia la abierta altura,
en esta flor de inocencia temprana
estirándose en medio de su propia pobreza,
limpia y clara.

Temores fueron verdad,
juegos, sonrisas, largas esperas,
tu niñez fue flujo, percibir, oír,
dibujar o callar, siempre haciendo,
fue proceso de un proceso,
un río de más y más siempre creciendo.

Extraña efervescencia en contra de lo otro,
pujanza incansable brotando
día tras día aumentada, y en juegos ensamblando,
en ritmos y palabras, en figuras logradas.

Quehacer de vida volcado en contra
de piedra y árbol, de hambre o pena,
mágica marea subiendo hacia adulto
paulatinamente.

Cosas siempre sobraron, las inertes, sabidas,
frenaban tus carreras y tu gustoso aprender,
pero un cariño, a veces, echaste de menos
en tu piel infantil.

Líneas, luces, logros -
chispas diarias desde un atrás ignoto
y hacia adelante, hacia grande,
donadas, ligeras, brillantes -
las señas de ti.

Dónde andas, oscuro tú, hermano veloz,
de dónde a dónde
te lleva tu paso liviano,
qué mira, qué busca tu vista asustada,
qué hambre quieres saciar,
qué sed de dulzura corroe
tu alma inquieta -
dónde, cuándo la vas a encontrar.

La lluvia sujeta de ti,
frena tus fuerzas primeras.
Así corres aún por encima
de piedra, pasto y rama caída,
presto a defensa o cariño,
sin palabras, sigiloso.

Destrezas, niñoito,
fluyeron de tus manos inexpertas,
de tu voz, de tu alma,
nuevas destrezas para días renovados,
logros que sonriente terminabas
en medio de tu soledad entretenida.

Ven, mira, decías,
y tu hermano te aceptaba
como a un grande, el generoso,
discutiendo interesado
tus construcciones ingeniosas
y mostrando hacia más.

Olas de un agua permanente
quebrándose altas y lentas
hacia la amplia playa diurna,
o de noche, recogidas,
apenas perceptibles
en tu tranquilo respirar.

Como una pelota
saltando de mano en mano
fue tu ingenua mirada
rebotando en temores y luces
hacia más, hacia adelante,
uniendo juego y seriedad
en curvas llenas de ti.

También tus piernas te dijeron,
tus dedos diestros y rápidos
mezclados en invento o paz -
con otras palabras pero sentidas,
con otras letras pero veraces,
este lenguaje pujante
que otra y otra vez
te decía infantilmente
a tu entorno espacioso:
quién lo oyó.

Llueve lentamente.
Imágenes internas
se suman al paisaje mojado,
con ternura y suavidad
se juntan o separan -
que yo aprenda armonía
del juego ligero.

Pero la tierra
yace pesada
bajo mis pies.

Bajando los párpados
te recuerdo
agradecido.